

**Queda hecho el depósito que
previene la ley número 11.723**

IMPRESO EN ARGENTINA

**Acabado de imprimir el 20 de mayo de 1947
Talleres Gráficos Ayacucho · Córdoba 2240 · Buenos Aires**

La presente obra está sujeta a los derechos derivados de la Ley de Propiedad Intelectual. La FBVMC ha intentado localizar a sus titulares, herederos o causahabientes del autor, y a la editorial donde fue publicada, pero el resultado ha sido infructuoso. Si algún usuario de la BVMC tiene noticia de la existencia de los titulares de estos derechos, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros para proceder a solicitar las correspondientes autorizaciones.

ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE
EL CHACHO Y SU EPOCA

I

INTRODUCCION

El porqué se ignora el "Chacho" de Hernández. — El viejo criterio histórico y la verdad de la historia. — Los montoneros expresión de lo nacional. — Los "falsos valores" de nuestra nacionalidad: Sarmiento que aconseja no economizar sangre de gauchos; Rivadavia: que entrega las minas del Famatina al extranjero; Mitre y la República del Plata; Manuel J. García y la Banda Oriental; Florencio Varela y su unión al extranjero. — Justicia histórica con D. José de San Martín.

El porqué se glorifica a Güemes y se condena a Peñaloza.

Peñaloza no es ni un criminal, ni un prócer, ni un táctico orgánico, ni un tendencioso político, en tal o cual sentido; Peñaloza es la corporización de un rasgo ingénito de su medio étnico, de la historia íntima de su pueblo, en una época de continuas luchas por grandes y pequeñas cosas, de la inquietud, la desolación, el riesgo perenne para todos los vecinos de cerca o de lejos, y es la acción defensiva que ataca por defensa y natural expansión de una fuerza primitiva y desbordante sin cauces ni diques.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

I

INTRODUCCION

Resulta por demás significativo que una obra como la "Vida del Chacho" de José Hernández haya tenido tan escasa difusión, sobre todo si se considera la fama adquirida por el autor del "Martín Fierro", que ha traspuesto muchos años ha, las fronteras de su patria, para transformarse en figura de relieve universal en el mundo de las letras.

Indudablemente puede ubicarse el motivo en que la lectura de su obra lesiona fundamentales principios establecidos como inmutables en la Historia Argentina. No es posible oír a Hernández hablar del "bárbaro Sarmiento", sin sentir despertar una gran inquietud. Nadie se ha atrevido a dudar de la honestidad literaria de José

Hernández; y si el lector respeta también ese juicio, no podrá menos que ubicarse con pensamiento inquieto y dudoso respecto a la figura seriamente discutida del autor de "Civilización y Barbarie".

Sin lugar a dudas, la lectura del "Chacho" de Hernández resulta de extraordinario interés por referirse al último gran caudillo de las montoneras gauchas.

El viejo criterio asentado con espíritu irreversible que establecía el mote de bandidos y asesinos para los montoneros, ya no es aceptado. El estudio de la historia nos ha enseñado, que cuando esas masas de jinetes se movilizaban no lo hacían por espíritu díscolo perjudicial a la nacionalidad, sino que siempre, aunque algunas veces en el estudio profundo de los hechos, se hallen aspectos parciales que no concuerdan, en el fondo, sólo movía a las masas gauchas el más auténtico patriotismo, en función del cual chocaron siempre con las corrientes extranjerizantes.

Es que lo auténticamente nacional en Argentina estuvo siempre representado por las montoneras y sus caudillos, mientras que la disgregación nacional hizo sus

prosélitos en las clases ilustradas; no obstante, los primeros fueron presentados a la posteridad como la hez de lo nacional, en cambio a los segundos se les llamó constructores y organizadores del país.

La razón de esta incongruencia reside en que nuestra historia ha sido escrita por un conjunto de "falsos valores". Y no establecemos esta calificación, porque no les reconozcamos personalidad, sino que muy por el contrario se la admitimos de acuerdo al viejo criterio. Lo que ocurre es que los juzgamos en función de lo nacional, y aunque no negamos la interpretación en el orden de lo universal, consideramos que éste sólo podrá ser un ulterior cotejo de aquellos valores que lograren salir airoso en los juicios efectuados en función de patria.

Ocurre una cosa notable: mientras en Europa, por ejemplo, se venera como auténticos valores nacionales, a los hombres próceres que bregaron por el engrandecimiento de sus patrias, aunque fuere casi siempre en detrimento de otras naciones, tal el caso de Napoleón, en Argentina y América, sólo pueden ser figuras cumbres

veneradas, aquéllas que se destacaron por su unión al extranjero y entrega de los patrimonios nativos. Tal el caso de Lavalle, asesino de Dorrego y aliado del extranjero: tal el caso de Urquiza, que para derrocar a Rosas organizara una triple alianza; tal el caso de Sarmiento, llamado hoy liberal y democrático, que aconsejaba a Mitre "*no economizar sangre de gauchos*". Lo mismo podríamos decir de Rivadavia, "*el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos*", que al entregar las minas de Famatina a una compañía extranjera justificó la acción de Facundo.

Y, así, se honra a Mitre, olvidando sus planes de República del Plata, independizando Buenos Aires de la Confederación. Se recuerda a Manuel J. García, dejando de lado su culpabilidad en la separación de la Banda Oriental. Calles y pueblos perpetúan la memoria de Florencio Varela, no recordando su unión al extranjero ni sus planes de formar la Confederación de los Ríos con las provincias del litoral bajo el protectorado francés. Y así tantos otros cuya simple enumeración llevaría un tiempo que escapa a nuestro objeto.

Si nuestra historia adquiere caracteres de justicia, ello ocurre con D. José de San Martín. Pero más que justicia pareciera haber un propósito preconcebido, en su consagración, de dañar a la argentinidad. Nos explicaremos.

Si San Martín, que luchó por la Independencia Americana, es glorificado no obstante esa acción que es como un pecado original, de acuerdo a los cánones establecidos; ello se debe a su renunciamiento ulterior, que si bien admitimos magnífico como expresión de altruísmo, considerado en el aspecto universal de la grandeza moral, no fué saludable para la posteridad, pues la acostumbró al renunciamiento. Y el renunciamiento fué en los venales entrega de la patria, y en los honrados calma para presenciarse. ¡Era tan hermoso el desprendimiento sanmartiniano de las glorias terrenas, y se mancomunaba tanto con el espíritu desprendido y superior de los hijos de América, que siempre han estado, y lo aplaudimos, por encima de las pequeñeces que "*engrandecen*" a otros pueblos!

Por el mismo hecho las montoneras gauchas que son elogiadas cuando las acau-

dilla Güemes, son vilipendiadas y vituperadas cuando las conduce un hombre como Peñaloza. Es que han actuado en el país intereses foráneos en su total perjuicio, y a ese interés, salvo breves lapsos, y perdónese la redundancia, han servido siempre las directivas mal llamadas “*nacionales*”. Se glorifica la montonera de Güemes, separatista de lo español, y por ello auténticamente argentina, y se condena a la montonera de Peñaloza, que era también genuina expresión de lo argentino y americano, en contra de los abusos de la organización antinacional y antiamericana, representada en esos momentos por Mitre y Sarmiento. Ambos bregaron incansablemente por la destrucción de los montoneros, y cabe al segundo en particular la gloria de haber servido inteligentemente los intereses imperialistas de dividir para reinar. El Estrecho de Magallanes, llave de la unión de los dos océanos, será siempre un motivo para que no pueda señalarse a Sarmiento como un buen argentino, no obstante que sea hoy el símbolo en la escuela de nuestros niños.



El general Peñaloza fué una de tantas víctimas de esos constructores de nuestra nacionalidad, y rectores de los juicios históricos.

El, que era más bien —al decir de Dardo de la Vega Díaz— “el espíritu de la tierra, la voz del llano y de la montaña”, constituyó uno de los últimos ejemplos notables de cómo se eliminó al gaucho una vez que hubo cumplido su misión de emancipar de lo español.

Es que imperaba ya la consigna de: “gobernar es poblar” de Alberdi. Y gobernar quería decir, con constituciones y leyes anglo-sajonas, y poblar se interpretaba con gentes venidas de Europa: pues de acuerdo a la conclusión alberdiana, era más fácil hacer una población para una constitución ya elegida, que crear una constitución para nuestro pueblo. Sintetizando, quedaba de esta manera resuelta la supresión de lo autóctono, de todo lo que pudiera significar posibilidades de que la nación se realizase como tal. De ahí que, José Ingenieros comentando al autor de

las "Bastés", estampara crudamente con una frialdad que conmueve estos pocos civilizadores conceptos: "*Se trataba de hacer naciones, más bien que de redimir las o defenderlas*"¹.

La forma despiadada en que en el caso del Chacho, por ejemplo, procedieron los representantes de la civilización, aquéllos que se solidarizaron con los conceptos de que: "*todo lo que no es europeo en América, es bárbaro*", demuestra cuán exacta fué la interpretación de Ingenieros.

Por eso la falta de garantías a los montoneros, su ejecución en masa, cuando tenían la desgracia de ser prisioneros, y su calificación de bandidos, identificándolos con vulgares salteadores de caminos, es la síntesis de una de las más luctuosas épocas de la vida nacional, de la cual un breve capítulo pasaremos a historiar seguidamente.

1. *La Organización Nacional*, por José Ingenieros, 4º tomo de *La Evolución de las Ideas Argentinas*, pág. 64. Edición Obras Completas, de Rosso.

II

INSURRECCION DE BUENOS AIRES

Demostración de cómo Mitre es el insurrecto y Peñaloza el representante de los poderes legalmente establecidos. — Derqui y la situación de la Confederación. — Cómo se provoca la guerra civil. — Pavón. — Mitre comienza a controlar el país después de Pavón. — Envío de expediciones al interior. — Espíritu que las anima. — Barbaridades de los representantes de la civilización. — Espíritu hidalgo de Peñaloza. — Sus esfuerzos por la pacificación. — Logro de ésta con el tratado de La Banderita.

Mi corazón de patriota y argentino se contristaba a la vista de pueblos que perteneciendo a la misma República, a una misma familia, se empeñaban en destruirse mutuamente en vez de estrecharse en un inmenso abrazo.

ANGEL VICENTE PEÑALOZA.

II

INSURRECCION DE BUENOS AIRES

En general es presentado el Chacho como un insurrecto. En realidad, yendo al origen de las cosas vemos cómo el verdadero provocador de la guerra civil fué en su oportunidad el general Mitre. Veamos en consecuencia cuál era el estado del país y los sucesos que se produjeron, que motivan nuestra afirmación.

Al llegar al poder el presidente Derqui, pese a haberlo hecho con el apoyo de Urquiza, va procurando poco a poco un acercamiento con Mitre. (Recuérdese que Buenos Aires estaba separada de la Confederación.) Resultado de esa política es la llegada al ministerio de los doctores Norberto de la Riestra y Francisco Pico. Todo podría parecer indicar en una pri-

mera faz que la concordia entre Buenos Aires y la Confederación era algo más que una esperanza.

Una serie de hechos, algunos de pública notoriedad, demostraron el deseo y realización de acercamiento entre el presidente Derqui y el gobernador Mitre. Pero esta situación no habría de durar mucho tiempo. La piedra del escándalo fué el rechazo de los diputados de Buenos Aires por la legislatura de Paraná. Este hecho se produjo porque la elección en Buenos Aires, no se hizo de acuerdo a la legislación nacional, sino de conformidad con las disposiciones legislativas locales. El resultado fué que resultaron más los diputados elegidos. La legislatura aceptó a los senadores pero rechazó a los diputados. Gran responsabilidad cabe a Mitre en los sucesos que siguieron, es decir la guerra civil entre Buenos Aires y la Confederación, y hasta de algunos antecedentes se desprende la posibilidad de que hubieran sido provocados expresos.

Vera y González¹ dice al respecto:

1. *Historia de la República Argentina*, por Vera y

“No hay forma de justificar el proceder del gobierno porteño. En él, aunque no se quiera, no hay más remedio que ver un pretexto para provocar un conflicto que diese tema para persuadir al pueblo de la provincia que la Confederación estaba en contra de ella, pues rechazaba a sus diputados. Porque, desde luego, al hacer la elección en esa forma, el rechazo estaba descontado.”

“Ocurrió lo que tenía que ocurrir; lo que no puede vacilarse en afirmar que se buscaba. El Senado de la Nación aceptó a los dos senadores de Buenos Aires, que eran los doctores Alsina y Elizalde, porque éstos habían sido elegidos en forma legal; pero rechazó a los diputados.”

“Antes que ese rechazo se produjese, el general Mitre escribió una carta” al presidente Derqui en la que le manifestaba que temía que la cámara no admitiera a

González. Continuación de la Historia de Vicente Fídel López. Tomo 6º, pág. 609.

2. La carta tiene fecha 24 de febrero, y el rechazo fué en las sesiones de principios de abril. (Nota de Vera y González)

los diputados porteños por la forma en que habían sido elegidos. . . " ³.

Lo concreto fué que estos hechos terminaron con la declaración de la guerra civil entre Buenos Aires y el gobierno Nacional de Paraná.

Comenzaron los preparativos por ambas partes y el presidente Derqui organizó un ejército nacional que resultó bastante numeroso, al cual dividió en cinco cuerpos. Uno al mando del general don José María Francia, otro al general Saa, gobernador de San Luis, y los tres restantes fueron encomendados a los generales Navarro, Alvarado y Peñaloza (El Chacho). Es decir, que mientras el general Peñaloza representaba el poder legalmente constituido, el general Mitre era un insurrecto.

Al reunirse el ejército nacional al de Urquiza totalizaron unos diez y siete mil hombres, los que fueron colocados bajo el mando de Urquiza.

El encuentro decisivo con Mitre tuvo lugar en Pavón, donde Urquiza fué de-

3. La declaración es la prueba más concluyente de que se buscaba el conflicto. (Nota de Vera y González.)

rotado, lo que motivó la renuncia del presidente Derqui, quedando al frente del país el vicepresidente general Pedernera.

Este fué el comienzo de la disolución del ejecutivo nacional: . . . "El gobierno de la provincia de Entre Ríos retiró a las autoridades federales el permiso para residir en Paraná, y las provincias de Córdoba, Tucumán y Corrientes, que estaban en poder de elementos que obedecían las inspiraciones de Buenos Aires, declararon solemnemente que no reconocían autoridad ninguna en el Congreso ni en el Poder Ejecutivo Nacionales, y que la constitución había caducado de hecho por la victoria de los porteños en Pavón."

"En tal situación el vicepresidente en ejercicio, general Pedernera, hizo lo único que decorosamente podía hacer. Y fué que publicó un decreto, con fecha 12 de diciembre, por el cual declaró en receso al Gobierno Nacional, dejando así los pueblos de la República bajo la tutela de la provincia vencedora"⁴.

4. Vera y González, o. c., págs. 624-625.

Después de Pavón el general Mitre y sus partidarios para consolidarse en el poder, pensaron en enviar fuerzas expedicionarias al interior. Estas estuvieron a cargo de los coroneles Rivas y Sandes, y los generales Arredondo, Paunero y Flores. El historiador Vera y González, haciéndose eco de lo consignado por el doctor Adolfo Saldías, destaca la circunstancia de que todos estos jefes eran uruguayos. Y dice, comentando:

“Esta circunstancia es, en medio de todo, consoladora; porque, aunque es cierto que estos jefes procedieron de acuerdo con instrucciones recibidas, también lo es que resulta poco envidiable el papel que desempeñaron en la tal campaña.”

“La cual, por penoso que resulte tener que reconocerlo, fué un borrón sangriento que se destaca fuertemente en la historia de las grandes atrocidades cometidas a impulsos de la pasión política. Llamar a aquello una campaña es un eufemismo que pasa los límites de lo admitido, fué, más bien, una cacería de hombres, en la que se persiguieron como a perros rabiosos a todos los elementos que se conside-

raron podían estorbar la política de Buenos Aires”⁵.

Así las cosas con Buenos Aires insurrecta triunfante, y las expediciones al interior: el general Peñaloza, con su ejército que comprendía las fuerzas de Mendoza, La Rioja y San Juan, representaba en el norte al Ejecutivo Nacional que había sido derrotado en Pavón.

Los ejércitos enviados por Buenos Aires para someter a las provincias, eran fuerzas insurrectas, que incursionaban contra los gobiernos que en ese momento eran reconocidos como legítimos. De ahí se desprende la natural, lógica y leal actitud de Peñaloza a sostenerlos con sus gauchos, representantes, y lo volvemos a repetir del Gobierno Nacional.

*

Hay dos hechos de los muchos que pueden consignarse, que conviene traer a relación para demostrar cuál era el espíritu que animaba a Peñaloza, y cuál el de sus adversarios.

5. Vera y González, o. c., pág. 632

Aprovechando la partida de Peñaloza en auxilio del gobernador de Cuzco Don Samuel Molina, el general Arredondo llegó a La Rioja y cometió tropelías tales como el incendio de la casa del Chacho en Guaja, lo que pone de relieve el sentido civilizador que tenían los representantes de la culta Buenos Aires.

El otro hecho es el siguiente:

Después de algunos encuentros desfavorables, el Chacho realizó exitosa campaña en San Luis y La Rioja.

El asedio a la plaza de San Luis realizado por el Chacho con 1.600 hombres, contra una defensa de 300, no podía dejar lugar a dudas del resultado. El gobernador Barbeito decía a Paunero en carta fechada en abril 28 de 1862:

“En esta crítica situación, no recibiendo el gobierno cooperación alguna de fuera y aumentándose en gran escala los excesos de los sitiadores, dueños del agua y demás recursos vitales para la población, se decidió este gobierno a estipular, con el general Peñaloza, un convenio o tratado...”

Y, en verdad la situación de los sitia-

dos era tan angustiosa que lo único que controlaban eran cinco cuadras a la redonda de la plaza.

El tratado de que habla el gobernador Barbeito se firmó, y contra lo que pudiera suponerse, en vez de dar ventajas al Chacho que era el jefe triunfante, contiene un perdón y una amnistía que irónicamente concedieron las fuerzas insurrectas al representante del Ejecutivo Nacional vencido en Pavón.

Si bien estas cláusulas hablan mal del "liberalismo ilustrado", dicen mucho de los sacrificios de que era capaz de dar pruebas el general Peñaloza, en aras de la concordia y pacificación nacionales.

Transcribimos a continuación dicho tratado, destacando sus partes más significativas.

"Descando el gobierno de la provincia y el general Peñaloza, poner término a la azarosa situación presente no por medio de las armas, y sí por los conciliatorios, han convenido en lo siguiente:

"1º *El sometimiento del general Peñaloza con las fuerzas a su mando al Gobierno Nacional, representado hoy por el se-*

ñor Brigadier General don Bartolomé Mitre, por encargo de todas las provincias.”

“2º La suspensión de toda hostilidad entre las fuerzas beligerantes.”

“3º El alejamiento del general Peñaloza y sus fuerzas de la capital a un punto de esta provincia que él elija, cuya distancia no podrá ser menos de veinte leguas donde podrá permanecer *hasta recibir órdenes del señor general Mitre.*”

“4º Bajo estas condiciones el gobierno se compromete a obtener del Exmo. Gobierno Nacional Brigadier don Bartolomé Mitre, *una amnistia general para el general Peñaloza, sus jefes, oficiales y tropa* a fin de que puedan regresar garantidos a sus hogares.”

“5º El gobierno proveerá a la fuerza del general Peñaloza de las reses necesarias para el consumo ínterin se obtiene la contestación del Gobierno General dándole además la suma de mil pesos para que socorra a su tropa.”

“6º El gobierno se dirigirá también a los señores jefes, general Paunero y coroneles Rivas, Sandes, Ruíz, Yseas y Loyola, adjuntándoles un ejemplar de estas esti-

pulaciones y empuñando su influencia para que con arreglo a ellas, suspendan sus hostilidades, cada uno por su parte."

"7º *Este gobierno decretará un indulto general para todos los individuos de esta provincia que hubiesen tomado las armas contra las autoridades del país en la actualidad.*"

"Esto es lo convenido y acordado entre el gobierno de la provincia y el general Peñaloza, en fe de lo cual firmaron dos de un tenor, para un solo efecto, en esta ciudad de San Luis, a 23 días del mes de abril de mil ochocientos sesenta y dos. — Juan Barbeito — Angel Vicente Peñaloza — Buenaventura Sarmiento. — Está conforme, G. Ignacio Santa Ana, oficial primero" ⁶.

Concluyendo, las fuerzas de Mitre aceptan sometimiento del jefe triunfante, el cual debe alejarse hasta *recibir órdenes del señor general Mitre*: por todo lo cual los insurrectos conceden al representante de los poderes legalmente constituídos

6. De la Vega Díaz, *Mitre y el Chacho*, págs. 122 y 124.

una amnistía general; es decir, les perdonan el haber cumplido con su deber.

No obstante que el Chacho en cumplimiento de lo pactado se alejara, es atacado, por Rivas, con lo cual se reanudan las hostilidades, pero éstas tienen fin el 30 de mayo con la firma del tratado de paz de La Banderita.

En cumplimiento de dicho pacto el general Peñaloza lanzó la siguiente proclama:

“Soldados: Hubo un día aciago para nosotros en que de vuelta de una expedición que efectuamos por orden de nuestro gobierno, nos vimos acosados y perseguidos a muerte, sin comprender por nuestra parte la causa de tamaña persecución. Vosotros acudistéis como siempre al llamado de vuestro general y amigo en defensa de vuestros hogares y de vuestra vida que creías amenazada injustamente.

Compañeros: Me es grato anunciaros que estábamos en un lamentable error. La Comisión Pacificadora enviada por el señor Comandante en Jefe del 1º Cuerpo del Ejército de Buenos Aires, nos asegura a nombre del Gobierno Nacional, que no es

nuestro exterminio lo que se procura, sino el restablecimiento de la paz y el imperio de la ley en toda la República. Vosotros sabéis que para tan laudables fines nunca fueron los últimos los habitantes de los llanos. *Amigos:* Puesto que estábamos en un error, apresurémonos a repararlo declarando al Gobierno Nacional, que nunca fué nuestra intención rebelarnos contra su autoridad, sino, simplemente defender nuestros hogares y nuestras vidas que creíamos injustamente agredidos. Retirémonos, pues, tranquilos al seno de nuestras familias y allí esperemos sumisos las órdenes que quieran transmitirnos las autoridades nacionales y provinciales. Será el primero en ejecutarlas vuestro general y amigo Angel Vicente Peñaloza”⁷.

Todo un espíritu pleno de hidalguía y nobleza se trasuntan en estas palabras que no fueron comprendidas por los que planearon el terrible fin de este patriota.

7. De la Vega Díaz, o. c., pág. 153.

III

LA INSURRECCION DEL CHACHO

Atropellos de los representantes de Buenos Aires. — La verdad sobre el acasallamiento a la libre expresión popular. — “Negocitos” de los porta estandartes de la civilización que se traducen en robos de ganados. — Actitud de Peñaloza en Córdoba a manera de contraste. — Porqué estalla la insurrección del Chacho. — Deseo de eliminarlo expresado por los propios jefes mitristas. — La verdad sobre los atropellos de los montoneros. — La confusión con vulgares salteadores. — Informe de Paunero al respecto. — Brutales conceptos de Sarmiento sobre los montoneros. — Peñaloza y los nobles pensamientos de su proclama.

Guardias Nacionales de los pueblos todos: al abrir esta campaña no olvidéis que vais en busca de hermanos, que el suelo todo que vais a pisar, es argentino; y que el pendón de la nacionalidad no lleva el lema de sangre y exterminio; no; *la sangre argentina debe economizarse*, como los frutos de una paz duradera y benéfica para todos; lleváis la enseña de la ley, del venerado código de mayo, ante cuya divinidad haréis postrar a esos hijos perjuros, que olvidando sus deberes fueron a servir de instrumento ciego de las miras de sus propios enemigos.

ANGEL VICENTE PEÑALOZA.

No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

(En carta a Mitre.)

III

LA INSURRECCION DEL CHACHO

No se había cumplido un año aún del tratado de La Banderita, cuando el Chacho escribió la siguiente carta:

“El general de la Nación. — Cuartel General en marcha. Bella Vista, abril 16 de 1863. Al Exmo. Señor Presidente de la República Argentina Brigadier General D. Bartolomé Mitre. Exmo. Señor: No ha podido el que firma dejar de ser franco y leal como siempre, y es por esto que se dirige a V. E. participándole la penosa situación en que han puesto a estos pueblos desgraciados sus gobernantes, y las consecuencias que han dado sus procedimientos.”

“Después de la guerra exterminadora porque ha pasado el país, y después de to-

dos los medios puestos en juego para terminar ese malestar en todas las provincias, muy conforme y lleno de fe en el programa de V. E. han esperado los pueblos argentinos una nueva era de ventura y progreso; han esperado ver cumplidas las promesas hechas tantas veces a los hijos de esta desgraciada patria.”

“Pero, muy lejos de ver realizado un sueño dorado, muy lejos de ver cumplidas sus esperanzas, han tenido que tocar el más amargo desengaño, al ver la conducta arbitraria de sus gobernantes, al ver despedazadas sus leyes y atropelladas sus propiedades y sin garantías para sus mismas vidas. Los gobernadores de estos pueblos convertidos en otros tantos verdugos de las provincias, cuya suerte les ha sido confiada, atropellan las propiedades de los vecinos, destierran y mandan matar sin forma de juicio a ciudadanos respetables sin más crimen que haber pertenecido al partido federal, y sin averiguar siquiera su conducta como partidarios de esa causa. Yo mismo, que he esperado ver realizadas las promesas hechas a esta provincia y a las demás, según el tratado celebrado

conmigo, he sufrido hasta el presente la más tenaz hostilización por parte de los gobiernos circunvecinos, ya tomando y mandando ejecutar a los hombres que me han acompañado, a pesar de la garantía que por ese mismo tratado tenían, ya requiriéndome tales o cuales individuos que estaban asilados a mi lado para evitar la muerte segura que les esperaba si creyendo en esas garantías volvían al seno de sus familias; y, por último despedazando mi crédito y haciéndome pasar por un hombre más criminal, sin más causa que haber comprendido mi deber, y no haber querido prestarme a servirles de agente en sus criminales propósitos.”

“Mil veces, se ha levantado mi voz y elevado súplicas al Gobierno Nacional, pidiendo justicia y el castigo de esos hombres, sin que haya encontrado justicia, y teniendo que someterme al azote de sus tiranos.”

“Es por esto, Sr. Presidente, que los pueblos, cansados de una dominación despótica y arbitraria, se han propuesto hacerse justicia, y los hombres todos, no teniendo, más ya que perder que la existencia,

quieran sacrificarla más bien en el campo de batalla, defendiendo sus libertades y sus leyes y sus más caros intereses atropellados vilmente por los perjuros.”

“Esas mismas razones y el verme rodeado de miles de argentinos que me piden exija el cumplimiento de esas promesas, me han hecho ponerme al frente de mis compatriotas y he ceñido nuevamente la espada, que había colgado, después de los tratados con los agentes de V. E. No creo merecer por esto el título de traidor, porque no he faltado a mis promesas, sino cuando a mí se me ha faltado y cuando se ha burlado la confianza de todos los argentinos.”

“No es mi propósito reaccionar al país para medrar por la influencia de las armas, ni ganar laureles que no ambiciono. Es mi deber el que me obliga a sostener los principios y corresponder hasta con el sacrificio de mi vida a la confianza depositada en mí por los pueblos. Es, en una palabra, el amor a la patria, ese sentimiento natural de todos los corazones, y que debiera ser el que dirija la conducta de los primeros mandatarios, para corresponder

a la fe con que el pueblo argentino depositara en ellos su suerte."

"V. E. como jefe de toda la Nación, es el padre de todos los argentinos, y es de quien deben esperar sus hijos el remedio para estos males, y si desoyendo la voz de ellos no pusiese término a esta triste situación, veremos con pesar, correr a torrentes la sangre de todos los argentinos y las consecuencias pesarán sobre los que la hicieron verter."

"Después de haber cumplido mi deber manifestando a V. E. estas verdades, sólo me resta esperar que la penetración y juicio de V. E. no permitirán la continuación de estos males, y, pondrá inmediatamente en ejercicio todo su poder e influencia a fin de salvar la República toda del caos en que se va a precipitar pudiendo aún asegurar por mi parte que para lo que sea en bien de mi país y de mis compatriotas, siempre me hallará dispuesto el Gobierno Nacional, y quedo esperando su definitiva contestación, que será la norma de mis ulteriores procedimientos."

"Con este motivo me hago el honor de

ofrecer a Vuecencia mis respetos y alta consideración.”

“Dios guarde a V. E. — Angel Vicente Peñaloza”¹.

Los atropellos de que habla el Chacho en su carta se produjeron. Las fuerzas civilizadoras de Buenos Aires cometieron toda clase de tropelías en nombre de una civilización que ignoraban, lo cual no era obstáculo para que la proclamasen. Los grupos de provincia adictos al general Mitre, tomaban los gobiernos provinciales violentamente, diciéndose intérpretes de un sentir popular que en realidad les era adverso. Y, aunque siempre trataron de demostrar lo contrario, se mantenían en el gobierno por la fuerza de las armas expedicionarias enviadas por Buenos Aires.

Es ilustrativa al respecto, la siguiente nota de Vera y González²:

“Cuando en Córdoba se tuvo noticia de la aproximación de las tropas de Buenos Aires, los doctores Marcos Paz, Félix de la Peña, Francisco P. Moreno, Salustiano Zavalía y otros varios, declararon des-

1. De la Vega Díaz, o. c., págs. 201-202.

2. Vera y González, o. c., pág. 631.

tituídas las autoridades de la provincia, ocupando sus puestos previo el nombramiento hecho por ellos mismos, y proclamaron su adhesión a Mitre.

“Como en Buenos Aires se afirmase que no era necesario enviar fuerzas a Córdoba para sostener el nuevo gobierno, porque estaba afianzado por el pueblo, el general Paunero escribió al ministro de la Guerra una carta, en la que afirma que si llegan a tardar ocho días las tropas *“se lleva el diablo a la revolución”* que pudo mantenerse gracias a ellos. *Como ése eran los otros gobiernos, cuyo origen era la libérrima expresión de la voluntad de los pueblos.”*

Los propios jefes mitristas se acusaron de utilizar la campaña contra los montoneros para hacer *“negocitos”*; los cuales parece ser consistían en robos de ganados que arreados en una provincia eran vendidos en otra. A estas afirmaciones no puede calificárselas de calumnias, puesto que son acusaciones que se hicieron entre los mismos partidarios de la causa de la civilización.

Así Gaspar Taboada acusó al gobernador de Tucumán Del Campo, en carta

del 18 de mayo dirigida a Absalón Ibarra, donde dice ³:

“El fraile Campos. . . nada quiso saber sino hacer su negocito, según avisos de Tucumán, que desde que llegó a Singuil, estancia de los Navarros, no se ocupó de otras cosas sino de hacer grandes tropas de hacienda de toda clase y mandarlas a Tucumán. Singuil es la estancia más poblada y rica que tiene Catamarca; entre tantas batallas de esta clase, dadas por el fraile aún en la provincia de Tucumán, cayeron también las vacas de Juan Pedro hermano de nuestro coronel Don Manuel Antonio. . .”

A su vez Taboada era acusado por Arredondo, en carta a Sarmiento, y la acusación debía tener sólido fundamento, pues Arredondo ante los informes de los “negocitos”, llegó a comunicarle a Taboada que estaba en La Rioja ⁴: “Pasado mañana tengo miras de entrar en la Capital (La Rioja), con la división de mi mando. En este intervalo. . . tendrá tiempo de evacuar el territorio de La Rioja.”

3. De la Vega Díaz, o. c., pág. 275.

4. De la Vega Díaz, o. c., pág. 275.

Estos hechos forman marcado contraste con la tranquilidad y orden que reinaron en Córdoba cuando fué ocupada durante catorce días por las fuerzas triunfantes de Peñaloza. Don Manuel Gálvez dice en su "Vida de Sarmiento"⁵:

"Los catorce días que el Chacho permanece en Córdoba son una acusación contra Sarmiento. Fuera de un asalto a una casa de comercio y por el que el autor es castigado, hay orden y tranquilidad."

Como vemos, hostilidades e incumplimiento de los tratados es lo que recoge Peñaloza a cambio de su buena voluntad de pacificar el país; pero es que los tratados con el Chacho fueron vistos con malos ojos sobre todo por Sarmiento.

Refiriéndose a este hecho le comunicó Paunero a Mitre⁶:

"Tanto los de Mendoza como Sarmiento están mudos después de los tratados con el Chacho, porque indudablemente querían y quieren que *se lo demos colgado en alguna de sus plazas*, olvidando que si

5. *Vida de Sarmiento*, por Manuel Gálvez, pág. 370.

6. Carta de Paunero a Mitre. Capilla de Rodríguez (Río Tercero), julio 29 de 1862.

nosotros no hemos podido poner el cascabel al gato, menos lo pueden ellos, que temblaban, a la sola idea que asomase al extremo de sus fronteras.”

Lo que lleva a Sarmiento a justificar su belicosidad contra el Chacho son algunos asaltos ocurridos por octubre en San Juan y sus inmediaciones. Donde sólo existen hechos policiales él ve acción de grupos montoneros.

Comentando, dice Gálvez ⁷:

“Paucero, hombre sensato y que suele informarse bien, y es el jefe de las fuerzas de la Nación, escribe a Mitre desde Villa María, el 12 de noviembre: “Las pretendidas montoneras de La Rioja, que tanto han alarmado a los gobiernos de San Juan y Córdoba, se han reducido a una o dos partidas de ladrones, que allí jamás faltán, mal armadas y peor montadas.” Y en diciembre le dice que Peñaloza “no sólomente ha disuelto las partidas de bandoleros, que andaban con Ontiveros y demás; sino que se ha fusilado a uno de los caudillejos y que también perseguía a muerte

7. Manuel Gálvez, o. c., pág. 368.

al Potrillo. Su lema es: Obediencia al Gobierno Nacional."

La carta del 16 de abril de Peñaloza no habría de tener contestación por parte de Mitre, ya que éste el 8 del mismo mes había nombrado Director de la Guerra a Sarmiento, que era lo que éste deseaba para poder eliminar a Peñaloza.

Quedaron así públicamente declaradas las hostilidades entre las fuerzas del Gobierno Nacional y Peñaloza. Directa o indirectamente: Catamarca, La Rioja, Córdoba, San Luis, San Juan, Mendoza, Santiago, Tucumán, Salta y Jujuy, se vieron envueltas en estos sucesos.

Dos espíritus distintos animaban a los dos sectores en lucha. En el Chacho su afán de justicia y de unión de todos los argentinos, en Sarmiento un deseo de venganza y exterminio. Veamos sino lo que escribía Sarmiento a Mitre:

"Sandes ha marchado a San Luis. Está saltando por llegar hasta La Rioja y darle una buena tunda al Chacho. ¿Qué reglas seguir en estas emergencias? Si va, déjenlo ir. *Si mata gente cállense la boca. Son animales bípedos de tan perversa condición*

que no se que obtenga con tratarlos mejor."

En cambio, frente a estos *bárbaros* conceptos del autor de "Civilización y Barbarie" resaltan los patrióticos sentimientos y excelentes anhelos que animaban al general Peñaloza que se expresan en forma por demás clara en este fragmento de su proclama que transcribimos sin comentario.

"El viejo soldado ⁸ de la patria os llama en nombre de la ley, y la Nación entera, para combatir y hacer desaparecer los males que aquejan a nuestra patria y para repeler con vuestros nobles esfuerzos a sus tiranos opresores. Vais a dar un nuevo testimonio de lealtad y valor, combatiendo, si necesaria fuera la lucha, y venciendo, porque nuestra es la victoria, desde que tenemos de nuestra parte la justicia de la causa. Vamos a abrir una campaña y emprender una obra grande en su objeto y sufrimiento: pero llena de gloria *al reconquistar nuestros sagrados derechos y libertades, reunir la gran familia argentina y verla toda entera cobijada bajo el*

8. Peñaloza tenía 66 años.

manto sagrado de las leyes y bajo de los auspicios del padre común. Guardias Nacionales de los pueblos todos: al abrir esta campaña no olvidéis que vais en busca de hermanos, que el suelo todo que vais a pisar, es argentino: y que el pendón de la nacionalidad no lleva el lema de sangre y exterminio; no; la sangre argentina debe economizarse, como los frutos de una paz duradera y benéfica para todos: lleváis la enseña de la ley; del venerado código de mayo, ante cuya divinidad haréis postrar a esos hijos perjuros que, olvidando sus deberes fueron a servir de instrumento ciego de las miras de sus propios enemigos.

IV

MUERTE DEL CHACHO

Encuentro de Caucete. — Huida de Peñaloza. — Su cabeza clavada en una pica. — Ultrajes a la esposa del Chacho. — Gozo de Sarmiento por su muerte. — Culpabilidad de Sarmiento y Mitre. — Instrucciones de este último al primero y cómo son interpretadas.

Tanto los de Mendoza como Sarmiento están mudos después de los tratados con el Chacho, porque indudablemente querían y quieren que se lo demos colgado en algunas de sus plazas. . .

WENCESLAO PAUNERO.
(29 de julio de 1862.)

El general Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

...he aplaudido la medida, precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

(18 de noviembre de 1863.)

IV

MUERTE DEL CHACHO

La vida real del Chacho no contiene un solo hecho de barbarie igual al asesinato de que fué víctima.

JUAN BAPTISTA ALBERDI.

Después de una serie de encuentros; y vicisitudes diversas que trajeron aparejados, en los cuales se evidenció constantemente el espíritu de exterminio que animaba a las fuerzas que se decían representantes de la civilización, y servían a ésta ejecutando a cuanto adversario tenía la desgracia de llegar a ser su prisionero; tuvo lugar el encuentro de Caucete cerca de San Juan, donde el general Peñaloza fué derrotado y se vió obligado a huir.

En compañía de un pequeño grupo de hombres y de su esposa halló refugio en

Olta, donde fué sorprendido por una partida al mando del capitán Ricardo Vera, ante el cual se rindió, entregando su puñal sin oponer resistencia.

Existen algunas divergencias sobre si fué acribillado a tiros o a lanzazos antes de cortarle la cabeza, pero para demostración de barbarie lo mismo da una cosa que otra. Lo concreto es que:

“La cabeza del Chacho, clavada en una pica, en la plaza de Olta, mostró al pueblo cómo entendían las palabras cultura, civilización y humanidad, los que simulaban sentirse horrorizados con las barbaridades de las montoneras incultas”¹.

“Pero si el autor de “Civilización y Barbarie” copió a los sicarios de Rosas al clavar en una pica y exhibirla en una plaza, la cabeza de un jefe enemigo vencido, tuvo el mérito de la originalidad de sus procedimientos, con la esposa del Chacho. A esa infeliz señora por el solo hecho de ser la esposa de Peñaloza, se la sometió a todo género de vejaciones y se la hizo víctima de los tratos más indignos, tras de lo

1. Vera y González, o. c., pág. 634.

cual se la encerró en un calabozo con una barra de grillos remachada. Lo único semejante que encontramos en tiempos anteriores es la salvajada cometida con la madre de Facundo Quiroga por el general Lamadrid al someterla a las más brutales vejaciones por el crimen de ser madre de aquél."

El capitán Vera fué el encargado de comunicar al gobernador Sarmiento la muerte del Chacho, y según lo relatara después, Sarmiento enterado "de las circunstancias de su captura y las formas horribles de su muerte" le da un fuerte abrazo, "mostrando verdadero gozo en el triste fin de aquel desgraciado"².



Del estudio de los hechos, ante los documentos existentes, se deduce la culpabilidad de Sarmiento, el cual, según Paunero, deseaba ver colgado al Chacho. La forma brutal en que como Director de la Guerra, actuó, atestigua lo afirmado por

2. Manuel Gálvez, o. c., pág. 373.

Paunero. Y si esto fuera poco, y diese aún lugar a dudas sobre la carencia de sentimientos humanitarios de Sarmiento, bastaría repetir la frase con que comentaba el hecho en carta a Mitre del 18 de noviembre:

“...he aplaudido la medida, precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían quietado en seis meses.”

Pero si la culpabilidad de Sarmiento es grande, no es menor la de Mitre. En las instrucciones enviadas al Director de la Guerra le decía:

“Mi querido amigo: Ayer se despachó una comisión para Ud. dándole instrucciones sobre el modo que debe proceder como Comisionado Nacional, a consecuencia de los sucesos que han tenido lugar en las sierras de Córdoba.”

“Como esas instrucciones han sido cuidadosamente redactadas por mí teniendo una idea clara en vista y espero de que Ud. sabrá comprenderlo y aprobarlo, es que quiero explicarle bien mi pensamiento.”

“Digo a Ud. en esas instrucciones que

procure no comprometer al Gobierno Nacional en una campaña militar de operaciones, porque, dados los antecedentes del país y las consideraciones que le he expuesto en mi anterior carta, no quiero dar a ninguna operación sobre La Rioja, el carácter de una guerra civil.”

“Mi idea se resume en dos palabras: *“Quiero hacer en La Rioja una guerra de policía.”*

“La Rioja es una cueva de ladrones, que amenaza a los vecinos, y donde no hay gobierno que haga ni la policía de la provincia.”

*“Declarando ladrones a los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo. . .”*³.

Interpretando estas instrucciones escribe Sarmiento:

“Está establecido en este documento en derecho, la guerra a muerte, éste es el derecho de gentes: la distinción de la guerra civil establece los derechos de los suble-

3. Sarmiento, Obras, tomo 19, págs. 292-293.

vados a ser tratados con las consideraciones debidas al prisionero de guerra.”

.....
“... Cuando a ciertos hombres *no se les conceden los derechos de la guerra*, entran en el género de los vándalos, de los piratas, es decir, de los que no tienen comisión, ni derechos para hacer la guerra y la hacen contra los usos de todas las naciones, y es por la propia seguridad de estos usos que es permitido quitarles la vida donde se los encuentre.”

Parece oportuno repetir aquí un juicio del historiador De la Vega Díaz:

“Es que en toda la campaña contra el Chacho una sola verdad amarga, muy amarga, se descubre y brilla: y es que la falacia, la perfidia, la calumnía y hasta la traición fueron las armas preferidas de los ilustrados regeneradores de la barbarie provinciana.”

V

EL "CHACHO" DE HERNÁNDEZ

José Hernández y su "Vida del Chacho". — Su publicación. — Porqué se "olvidó" esta obra. — Comparación con la difusión del "Facundo" de Sarmiento.

Denuncia de Hernández sobre el asesinato de Peñaloza. — Similitud con la muerte de Virasoro. — Ambas fueron anunciadas antes de producirse. — Deseo de eliminación de ambos expresado por Sarmiento. — Fragmento del "Chacho" de Hernández que demuestran cómo entendían la civilización los que trataban a Peñaloza de bandido.

Valor literario de la obra de Hernández.

El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso acaba con sus enemigos cosiéndolos a puñaladas.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

EL CHACHO DE JOSE HERNANDEZ

No podía faltar una voz valiente que condenara el brutal asesinato de que se hizo víctima al general Peñaloza. José Hernández el genial autor del "Martín Fierro", publicó en folletín en "El Argentino" de Paraná: "Rasgos Biográficos del general Angel Vicente Peñaloza", que luego se conociera como "Vida del Chacho". Esto tuvo lugar en 1863. La segunda edición apareció también en el mismo año pero en forma de folleto. Posteriormente en 1865 vió la luz la tercera edición, esta vez en Buenos Aires. A partir de esta fecha quedó sumergida en el olvido hasta 1939 en que la publicara como folletín el diario "Reconquista" de Buenos Aires. Y,

por último en un pequeño folleto fué recogida en Mar del Plata en 1943.

¿Qué razones fundamentales imperaron para que el acerado acento de verdad que vibra en las páginas de Hernández, fuera quedando en el olvido?

Sarmiento y Mitre, sobre todo el primero, que han sido transformados en mitos con falso sentido histórico, quedaban al descubierto.

La mentida historia que nos enseñaron iba a tener un principio de descalabro. En la penumbra en que se sumergían los hechos cuyo conocimiento hubiera cimentado un noble sentimiento de nacionalidad, hubieran comenzado a surgir claridades esplendentes. He aquí el porqué, que quizá presintiera Hernández cuando escribió:

“Sabemos muy bien que nuestra tarea de hacer conocer la historia de ese patriota infortunado, nos valdría, cuando menos, de parte de sus encarnizados enemigos, la burla, los apóstrofes groseros, el insulto y la calumnia. Pero, por odiosa que esta tarea resulte a ciertos ojos, no puede semejante consideración influir más en nos-

otros, que el sentimiento de justicia que coloca la pluma en nuestras manos.”

“Con objeto menos loable, se han tomado otras tareas más arduas. Sarmiento escribió su “Facundo” sin más objeto que deprimir un partido que no podían vencer y haciéndose renumerar con largueza por los suyos ese trabajo.”

*

Además de una breve síntesis biográfica del Chacho, Hernández descubre y esto es lo principal, la trama del crimen cometido. De cómo luego de asesinar al general Peñaloza, se urdió la preparación de varios partes entre los jefes de ejército para demostrar cómo el Chacho había sido ejecutado militarmente, lo que Hernández demuestra ser una infame mentira. Ocurrió según lo demuestra en su obra que “El Imparcial” de Córdoba, publicó los auténticos partes que demuestran que el Chacho murió antes del 8 de noviembre, al mismo tiempo que la “Nación Argentina” de Buenos Aires consignaba los partes fraguados que demuestran que murió ejecutado el 12 de noviembre.

Concluyendo: "El Imparcial" anunció la muerte antes de que ésta se produjera "oficialmente". Es interesante dejar sentado que Mariano A. Pelliza en "La Organización Nacional" ¹ acusa a Sarmiento de algo similar, es decir el anuncio anticipado de la muerte de Virasoro.

Dice Pelliza: "La prensa de oposición en Buenos Aires lanzó la voz de alarma, anunciando, que el ministro de hacienda ², había facilitado al de gobierno ³ un millón y medio de pesos papel para derrocar las autoridades de la provincia de San Juan. El ministro de hacienda quiso defenderse del cargo, pero se confundió dejando subsistente la denuncia que; bien pronto, quedó confirmada por una circunstancia verdaderamente singular. ¡El órgano oficial del ministro de gobierno, anunció con una anticipación de seis días, la muerte del gobernador Virasoro! De este modo no pudo eludir su responsabi-

1. Mariano A. Pelliza: *La Organización Nacional*, pág. 206. Edición La Cultura Argentina. 1923.

2. Rufino de Elizalde.

3. Domingo Faustino Sarmiento.

lidad en los hechos sangrientos que se consumaron el 16 de noviembre."

Pareciera a través de esto, que, como dice Hernández: "*El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos cosiéndolos a puñaladas*"; y que estos hechos no fueran ocasionales sino permanentes de un siniestro sistema.

Refiriéndonos a esta afirmación de Pelliza debemos decir también que Don Manuel Gálvez⁴, afirma haber leído "El Nacional" de la fecha indicada, así como los diarios opositores sin haber hallado nada que lo pruebe. Pero de cualquier manera se desprende la casi culpabilidad de Sarmiento en estos hechos, pues como asegura Gálvez: "puede afirmarse que, si en público revelaba ahora sus sentimientos "tiranicidas"⁵, en su correspondencia privada lo venía haciendo desde antes del crimen"⁶.

4. Manuel Gálvez, o. c., pág. 339.

5. El 16 fué muerto Virasoro, y Sarmiento, ignorándolo, el 18 publicó un folleto titulado: "El tirano José Virasoro"; y el 23 aseguró en un artículo que San Juan tenía derecho a deshacerse de su tirano a todo trance.

6. Manuel Gálvez, o. c., pág. 339.

*

No resistimos a la tentación de transcribir un fragmento de Hernández, de por sí sobradamente elocuente e ilustrativo, sobre la nobleza del Chacho y la barbarie de sus enemigos:

“No creemos necesario detenernos mucho para recordar a nuestros lectores la resistencia heroica que el general Peñaloza hizo por el espacio de muchos meses al Ejército que después de Pavón envió el general Mitre al Interior, y que fué a ensangrentar el suelo de las provincias. Aún están vivos esos hechos en la memoria de todos, y todos saben que ante su prestigio, su actividad y su arrojo, únicos elementos de que podía disponer, fué a estrellarse todo el poder de las huestes invasoras; política de ese partido, cuya ambición es su único fin, el asesinato su único medio. Nuestros lectores no deben haber olvidado que el supuesto Gobierno Nacional, persuadido de su impotencia para triunfar del general Peñaloza, en esa lucha en que se esterilizaban sus inmensos sacrificios, y en que emplearon con igual inefi-

cacia los medios más reprobados y criminales, Rivas, Sandes, Arredondo, y demás, celebró entonces un tratado con él, por medio de su comisionado el doctor D. Eusebio Bedoya, cuyo tratado fué firmado en la Provincia de La Rioja, en el lugar llamado Las Banderitas. En ese sitio, y después de firmado dicho tratado, el general Peñaloza, dirigiéndose a los coroneles Sandes, Arredondo y Rivas, dijo: "es natural que habiendo terminado la lucha, por el convenio que acaba de firmarse nos devolvamos recíprocamente los prisioneros tomados en los diferentes encuentros que hemos tenido; por mi parte yo voy a llenar inmediatamente este deber." Los mencionados jefes de Mitre, enmudecieron ante estas palabras y sólo se dirigieron entre sí una mirada de asombro o de vergüenza. El general Peñaloza que, o no se apercibió de lo que ese silencio significaba, o que, por el contrario, ya contaba de antemano con la muda respuesta que se le daba, no se dió por entendido de lo que sucedía, y llamando inmediatamente a uno de sus ayudantes (de apellido Cofré), le ordenó que llevase al lugar de la conferencia a

los prisioneros porteños, fueron sus palabras, para ser devueltos a sus jefes.”

“No tardaron mucho en presentarse dichos prisioneros, y a su vista el general Peñaloza dijo: Aquí tienen ustedes los prisioneros que yo les he tomado, ellos dirán si los he tratado bien, ya ven que ni siquiera les falta un botón del uniforme. “Un entusiasta viva al general Peñaloza, dado por los mismos prisioneros, fué la única, pero la más elocuente respuesta que estas palabras recibieron.”

“El general Peñaloza, viendo el silencio de los jefes de Mitre, insistió en la devolución de los prisioneros que le habían tomado a él. “Y bien, dijo. ¿Dónde están los míos? ¿Por qué no me responden? ¡Qué! ¿Será cierto lo que me han dicho? ¿Será verdad que todos han sido fusilados? Cómo es entonces, que yo soy el bandido, el salteador, y ustedes los hombres de orden y de principios. El general Peñaloza continuó en este sentido dirigiendo una enérgica y sencilla reprobación a los jefes de Mitre, al tal extremo, que el doctor Bedoya se llevó el pañuelo a los ojos, y lloraba a sollozos, quizá conmovido por la

patética escena que presenciaba, tal vez avergonzado de encontrarse allí, representando a los hombres que habían inmolado tantas víctimas, o acusado quizás por su conciencia de haber manchado su carácter de sacerdote, aceptando el mandato de un partido de asesinos.”

“Entretanto, los jefes de Mitre, se mantenían en silencio, humillados ante las reconstrucciones de aquel héroe cuya altura de carácter, cuya nobleza de sentimientos, tanto contrastaba con la humildad de su condición.”

“El general Peñaloza, devolvía todos los prisioneros que había tomado, no faltaba uno solo, y no había uno solo entre ellos que pudiera alzar su voz para quejarse de violencias o malos tratamientos.”

Y, ¿dónde estaban los prisioneros que se habían tomado a él?

“Habían sido fusilados sin piedad, como se persiguen y matan las fieras de los bosques.”

“Sandes había ensangrentado el “Puesto de Valdés” sacrificando a su rabia multitud de indefensos prisioneros.”

“Rivas había derramado también en el

“Gigante” la sangre de 35 prisioneros inermes, y entre las víctimas estaban los jefes y oficiales del general Peñaloza. Rojas, Bilbao, Quiroga, Moliné, Vallejo, Lucero, Gutiérrez y Videla.”

“Las mujeres e hijos de sus soldados habían sido arrebatados por “los valientes soldados invasores”. Sus mejores servidores y sus compañeros más distinguidos habían sido sacrificados.”

“El correspondía a todo eso con una acción generosa, que sus enemigos no han ejecutado nunca.”

*

Literariamente considerada esta obra no contiene grandes valores, como suele ocurrir a veces cuando se escribe acicateado por la indignación y el deseo de proclamar una gran verdad. En situaciones así la belleza de la forma literaria cede su paso al fulgor de la sinceridad.

Por momentos tiene el tono vibrante de la polémica, pero no hay que olvidar que fué escrita cuando aún no estaba limpio el puñal que había cercenado la cabeza de Peñaloza.

VI

EL POEMA DE OLEGARIO V. ANDRADE

Andrade y sus convicciones políticas. — En el poema al Chacho llama a Mitre déspota y a Peñaloza portador de las enseñas santas del patriotismo. — Cambio de nombre al poema por parte de Héctor Varela. — Porque no puede Andrade haber autorizado el cambio de título. — Cómo la impostura de Varela demuestra la fidelidad a los principios de Del Carril de que es necesario engañar a los vivos y a los muertos.

Incrédulo como soy de la imparcialidad que se atribuye a la posteridad, persuadido como estoy de que esta gratuita atribución no es más que un consuelo engañoso de la inocencia o una lisonja que se hace nuestro amor propio o nuestro miedo; cierto como estoy, por último, por el testimonio que me da la historia, de que la posteridad consagra y recibe las disposiciones del fuerte o del impostor que venció, sedujo y sobrevivió, y que sofoca los reclamos y protesta del débil que sucumbió y del hombre sincero que no fué creído, juro y protesto que no dejaría de hacer nada útil por tan vanos temores.

Si para llegar es necesario envolver la impostura con los pasaportes de la verdad, se embrolla; y si es necesario mentir a la posteridad, se miente, y se engaña a los vivos y a los muertos. . .

SALVADOR MARÍA DEL CARRIL.

VI

EL POEMA DE OLEGARIO V. ANDRADE

Olegario V. Andrade que fuera secretario privado del presidente Derqui, se hallaba en Entre Ríos cuando fué asesinado Peñaloza. Al tener conocimiento de su muerte le dedicó un canto. Era su ofrenda de argentino y de federal, ya que en las filas de este partido militó siempre.

En "El Argentino" de Paraná donde apareciera la "Vida del Chacho" apareció también el canto a Peñaloza en 1870, después de haber aparecido por primera vez en "El Entrerriano" de Gualeguaychú en el mismo año.

"En su canto al Chacho —dice Estanislao Zevallos— Andrade condensó el juicio

iracundo de las provincias sobre el general Mitre, en los siguientes versos:

*¿Qué importa que se melle en las gargan-
[tas
La cuchilla del déspota porteño
Y ponga de escabel, bajo sus plantas
Del patriotismo las enseñas santas
Con que iba un héroe a perturbar su
[sueño?*

“El déspota era Mitre, y el héroe, portador de las enseñas santas del patriotismo, era Peñaloza.”

¿Qué extraña razón debe haber mediado para que esos versos a poco de aparecidos, llevaran por título: Al general Lavalle? Indudablemente la respuesta se halla fácil en aquellas palabras de Salvador María del Carril: “Si para llegar es necesario envolver la impostura con los pasaportes de la verdad, se embrolla; y si es necesario mentir a la posteridad se miente, y se engaña a los vivos y a los muertos. . .”

Veamos lo que había ocurrido. En abril de 1870 en Gualeguaychú Andrade leyó sus versos “Al general Angel Vicente Pe-

ñaloza", ante una reunión en la que estaba presente Héctor Varela, el cual el 2 de octubre del mismo año los publicó en Buenos Aires con el título "Al general Lavalle."

Habiendo fallecido Andrade en 1882, cabe la pregunta de si pudo ser él quien autorizara el cambio de título.

Al respecto dice Eleuterio F. Tiscornia¹: "la pluma del periodista de Entre Ríos (se refiere a Andrade) fulmina en toda ocasión, contra Lavalle y la política del partido unitario." Y así fué en efecto, el poeta no perdonó nunca al general Lavalle la muerte de Dorrego y así escribió el 25 de febrero de 1869². "Y entre tanto, se va a levantar una estatua, como un sarcasmo sangriento, al primer criminal de la República, al asesino de Dorrego, al que dió la señal de la anarquía y de los terribles episodios que han despedazado las entrañas de la patria."

Y tres años más tarde, refiriéndose al

1. *Obras Poéticas de Olegario V. Andrade*. Estudio y texto por Eleuterio F. Tiscornia, pág. LXIV. Edición de la Academia Argentina de Letras de 1913.

2. Olegario V. Andrade, o. c., pág. LXIV.

mismo tema hace esta enérgica condena-
ción³:

“Hace treinta y ocho años que una
sombra airada vaga por la República va-
ticinando días de desolación y luto. ¡Es el
patíbulo de Navarro, la sombra augusta
de Dorrego! . . . Preguntad a la historia
por los autores de ese crimen que . . . fué
precursor de una época de horrores y per-
secuciones implacables. La historia os dirá
que el banquillo de Navarro es la cuna
de ese partido, que meciera los huracanes
desencadenados de la revolución.”

Don Eleuterio Tiscornia después de
transcribir estos conceptos en su estudio
preliminar a las “Obras Poéticas de An-
drade”, dice:

“Quien abriga tales sentimientos con-
denatorios ¿podrá cantar loas al general
Lavalle y llamarle, en cada estrofa mártir
del pueblo?”

“¿Quién podrá creer que la sustitución
es obra personal de Andrade, sin atribuir-
le la acción innoble de un renunciamen-
to moral?”

3. Olegario V. Andrade, o. c., pág. LXIV.

4. Olegario V. Andrade, o. c., pág. LXV.

Creemos exacta la interpretación de Tiscornia; lo que ocurría es que era necesario deformar para la posteridad la figura de patriota del Chacho. El conocimiento de los versos de Andrade hubiera despertado muchas inquietudes y ahí está la explicación de la innoble acción de Héctor Varela. Lo grave es que como él lo deseara sin duda, la posteridad recogió su impostura lo cual demuestra la razón de la poca confianza que en ella tenía del Carril. Cuando en 1887 se publicaron sus *Obras Poéticas*⁵ se le atribuyeron dedicados a Lavalle los versos comentados, y las sucesivas ediciones⁶ efectuadas siguieron el mismo criterio.

Pero felizmente en la edición de La Academia Argentina de Letras publicada en

5. Olegario V. Andrade, *Obras Poéticas*. Publicación ordenada por el Excelentísimo Gobierno Nacional. Imprenta de Jacobo Peuser, Buenos Aires. 1887. Prólogo de Benjamín Basualdo.

6. En 1887 también se efectuó la edición chilena en Santiago, con prólogo de Jacob Larrain.

En 1907, segunda edición argentina, con el prólogo de Basualdo. Librería de Gustavo Mendelky e Hijo. Buenos Aires.

En 1915, edición de la Cultura Argentina, Buenos Aires. Prólogo de Evar Méndez.

1913 se ha hecho justicia ante esta deformación histórica.

El mismo espíritu de justicia nos anima al incluir en la presente edición de "Vida del Chacho" de Hernández, el texto del poema de Andrade; para que el adquiriera el justo valor de homenaje al caudillo de los llanos, que estuviera latente en el estro patriótico del poeta enterriano. Y que se demuestre también que si la "posteridad consagra y recibe las disposiciones del fuerte o del impostor que venció, sedujo y sobrevivió" tampoco es sorda a las justas reivindicaciones de las nuevas generaciones anhelantes de verdad y exentas de mezquinos odios.

VII

CONCLUSION

*El símbolo de la cabeza clavada en Olta. —
Cómo se gasta más dinero para eliminar a los
montoneros que en la guerra del Paraguay. —
Cómo se forja una historia falsa, necesaria para
colonizar la mente de las generaciones futuras.
— Posición de las generaciones presentes en la
interpretación de la historia y deber de salva-
guardar la supervivencia de los valores mo-
rales.*

Una alabanza eterna de nuestros personajes históricos, fabulosos todos, es la vergüenza y la condenación nuestra.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

Hace tiempo que me tienen cansados los héroes sudamericanos, que nos presentan siempre adornados de las virtudes obligadas de los epitafios.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

VII

CONCLUSION

La cabeza del Chacho clavada en una pica en la plaza de Olta, es el símbolo demostrativo de cómo los llamados constructores de nuestra nacionalidad recompensaban el cariño a la tierra y el espíritu patriótico.

Su deseo de exterminio de lo autóctono llegó hasta hacer que en el año 1869 estando el país en guerra con el Paraguay se gastaran 4.248.200,36 pesos fuertes en la represión de los montoneros, mientras que la Guerra con el Paraguay sólo insu-
mió en ese año 3.647.952,50 pesos fuertes; lo que arroja diferencia de más de 600.000 pesos fuertes, cifras que significan según la expresión de Don Natalicio González que "se invirtió más de la tercera parte de

las entradas del presupuesto de aquel año, para reprimir la voluntad de las provincias de vivir en paz con el Paraguay”¹.

Este hecho tan expresivo demuestra como nada habría de detener a esos hacedores de naciones según la expresión de Ingenieros.

El ocultamiento en que se ha tenido la “Vida del Chacho” de Hernández y el cambio de título al poema de Olegario V. Andrade son ejemplos de que cuando era preciso no habría de retrocederse tampoco ante nada, con tal de llegar si era necesario como decía del Carril.

Es que, como decíamos al principio se nos ha forjado una historia que obedeció siempre a las conveniencias de cualquier interés menos del nacional. Sino como se explica que el “Facundo” de Sarmiento “lleno de inexactitudes a designio”, según él mismo lo confesara se haya transformado en algo así como el catecismo nacional, inculcándose a nuestros niños cuando comienzan a deletrear.

1. J. Natalicio González. Prólogo a *Cartas Polémicas sobre la Guerra al Paraguay de Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez*, pág. 31.

Es que era necesario transformarnos en un país colonial. El coloniaje económico y político no son difíciles, pero para que sean duraderos es necesario el coloniaje cultural. Era imprescindible que el hombre argentino ignorara las verdades de su vida nacional, y sintiera la satisfacción de su genuflexión a lo extranjero. De ahí la exaltación de todas las figuras históricas cuya acción fué perjudicial a la patria, y de ahí también la condenación y maldición de aquéllos que se sintieron parte integrante de un pueblo soberano, y quisieron y a veces lo consiguieron, defender su honor y su dignidad.

Por eso se llamó bárbaro a Facundo que defendiera el patrimonio minero del Pámatina; por eso se prodigaron a Don Juan Manuel de Rosas los más violentos epítetos, después de haber defendido la dignidad de Argentina y América hasta merecer el nombre de "Gran Americano". Por el mismo motivo se hizo figura prócer a Sarmiento que responsable de las muertes de Virasoro y Peñaloza, había bregado desde Chile por la entrega de Patagonia y el Estrecho de Magallanes. Se glorificó a

Rivadavia por su enfiteusis sin analizarla y pasó a ser el "más grande hombre civil de la tierra de los argentinos". Y así tantos otros cuyo recuerdo exaltaría nuestra pluma, que nosotros deseamos serena, puesto que a nuestra generación si bien corresponde el esclarecimiento de la verdad histórica, le está vedado todo sentimiento de odio o de rencor. Actitud ésta que quizá no merezcan las generaciones que nos precedieron, puesto que su proceder nos avergüenza, pero que sí, merece nuestra patria, y que debemos prodigarle, si es que nosotros habremos de contribuir a la grandeza de sus fuerzas espirituales.

Busquemos siempre en el conocimiento del pasado, no fuentes de odio y sí el conocimiento de hechos que fortalezcan nuestra fe en el gran destino que nos espera dentro de América, y que debemos ayudar a forjar. Seremos así, Dios mediante, los arquitectos de un venturoso porvenir, en el cual no debemos desdeñar las conquistas materiales, pero sí subordinarlas a lo espiritual. En el mejor de los casos los destructores de nuestra nacionalidad, cuando no fueron venales se dejaron se-

ducir por un ansia incontenible de progreso. De progreso material al estilo de la decadente Europa, cuya agonía espiritual nos ofrece después de esta última guerra, como un ejemplo terrible de lo que espera a los pueblos cuando sucumben sus valores morales.

SANTOS LÓPEZ.

(11-2-47.)

AL GENERAL ANGEL VICENTE
PEÑALOZA, POR OLEGARIO
V. ANDRADE

AL GENERAL ANGEL VICENTE
PEÑALOZA

¡Mártir del pueblo! tu gigante talla
Más grande y majestuosa se levanta
Que entre el solemne horror de la batalla,
Cuando de fierro la sangrienta valla
Servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! víctima expiatoria
Inmolada en el ara de una idea,
Te has dormido en los brazos de la historia
con la inmortal diadema de la gloria
Que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! apóstol del derecho,
Tu sangre es lluvia de fecundo riego,
Y el postrimer aliento de tu pecho,
Que era a la fe de tu creencia estrecho,
Será más tarde un vendaval de fuego.

¡Mártir del pueblo! tu cadáver yerto,
Como el ombú que el huracán desgaja,
Tiene su tumba digna en el desierto,
Sus grandes armonías por concierto
Y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de occi-
[dente,
Del desencanto doloroso emblema,
Como una virgen, que morir se siente,
Incline el sol la enardecida frente,
De los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
el cuchillo del déspota porteño,
Y ponga de escabel, bajo sus plantas,
Del patriotismo las enseñas santas
Con que iba un héroe a perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
Y caigan los accros de sus manos,
Si no muere la fe en los corazones,
Y del pendón del libre, los jirones
Sirven para amarrar a los tiranos?

¿Qué importa, si esa sangre que gotea
En principio de vida se convierte,
Y el humo funeral de la pelea
Lleva sobre sus alas una idea
Que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida
Solloce con las fuentes y las brisas,
Si no ha de ser eterna su partida,
Si con nuevo vigor, con nueva vida,
Más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
La gloria velará tu polvo inerte,
Y, al resplandor rojizo de tu espada,
Caerá de hinojos esa turba airada
Que disputa sus presas a la muerte.

Y cuando tiña el horizonte oscuro,
Del porvenir la llamada inmensa
Y se desplome el carcomido muro,
Que tiembla como el álamo inseguro
Ante las nubes que el dolor condensa.

Entonces, los proscritos, los hermanos,
Irán ante tu fosa, reverentes,
A orar a Dios, con suplicantes manos,
Para saber domar a los tiranos,
O morir como mueren los valientes.

VIDA DEL CHACHO

No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando:
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiando.

MARTÍN FIERRO.

PROLOGO

Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generoso y valiente que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes. El general Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato Argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento.

El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso acaba con sus enemigos cosiéndolos a puñaladas.

El partido unitario es lógico con sus antecedentes de sangre. Mata por su índole perversa, mata porque una sed de sangre lo mortifica, lo sofoca, lo embrutece; mata porque es cobarde para vencer en el combate y antes que mirar frente a frente a su enemigo, desliza entre las tinieblas y el silencio de la noche, el brazo armado del asesino alevé, para que vaya a clavar el puñal en el corazón de su enemigo dormido.

¡Maldito sea! Maldito, mil veces maldito, sea el partido envenenado con crímenes, que hace de la República Argentina el teatro de sus sangrientos horrores.

La sangre de Peñaloza clama venganza, y la venganza será cumplida, sangrienta, como el hecho que la provoca, reparadora como lo exige la moral, la justicia y la humanidad ultrajada con ese cuento asesinado.

Detener el brazo de los pueblos que ha de levantarse airado mañana para castigar a los degolladores de Peñaloza, no es

la misión de ninguno que sienta correr en sus venas sangre de argentinos.

No lo hará el general Urquiza. Puede esquivar si quiere a la lucha su responsabilidad personal, entregándose como inofensivo cordero al puñal de los asesinos, que espían el momento de darle el golpe de muerte; pero no puede impedir que la venganza se cumpla, pero no puede continuar por más tiempo conteniendo el torrente de indignación que se escapa del corazón de los pueblos.

Cada palpitación de rabia del partido unitario, es una víctima más inmolada a su furor. Y el partido unitario es insaciable. Vuelve a todos lados su rostro sangriento, sus ojos inyectados de sangre, sus manos manchadas con sangre de hermanos; y sus ojos están siempre buscando una víctima, y sus manos van siempre a cebarse a las entrañas de sus enemigos. La historia de sus crímenes no está completa. El general Urquiza vive aún, y el general Urquiza tiene también que pagar su tributo de sangre a la ferocidad unitaria, tiene también que caer bajo el puñal de

los asesinos unitarios, como todos los próceres del partido federal.

Tiemble ya el general Urquiza; que el puñal de los asesinos se prepara para descargarlo sobre su cuello, allí, en San José, en medio de los halagos de su familia, su sangre ha de enrojecer los salones tan frecuentados por el partido unitario.

Lea el general Urquiza la historia sangrienta de nuestros últimos días: recuerde a sus amigos Benavides, Virasoro, Peñaloza, sacrificados bárbaramente por el puñal unitario; recuerde los asesinos del Progreso, que desde 1852 lo vienen acchando, y medite sobre el reguero de sangre que vamos surcando hace dos años, y sobre el luto y orfandad que forma la negra noche en que está sumida la República.

No se haga ilusión el general Urquiza.

Recorra las filas de sus amigos y vea cuántos claros ha abierto en ellas el puñal de los asesinos. Así se produce el aislamiento, así se produce la soledad en que lo van colocando para acabar con él sin peligro.

Amigos como Benavides, como Viraso-

ro, como Peñaloza, no se recuperan, general Urquiza.

No se haga ilusión el general Urquiza; el puñal que acaba de cortar el cuello del general Peñaloza, bajo la infame traición de los unitarios, en momentos de proponerle paz, es el mismo que se prepara para él en medio de las caricias y de los halagos que le prodigan traidoramente sus asesinos.

No se haga ilusiones el general Urquiza con las amorosas palabras del general Mitre: Represéntese el cadáver del general Peñaloza degollado, revolcado en su propia sangre, en medio de su familia después de haber encanecido en servicio de la patria, después de haber perdonado la vida a sus enemigos más encarnizados, después de haber librado de la muerte hasta al bárbaro instrumento que los unitarios han empleado para hundirlo en el cuello del caudillo más valiente y más humano que ha tenido el interior del país.

¡En Guardia, general Urquiza! El puñal está levantado, el plan de asesinaros preconcebido; la mano que descargue el golpe la comprará el partido unitario con

el oro que arrebató al sudor de los pueblos que esclaviza.

¡En guardia, general Urquiza! Esas hordas que con el bárbaro Flores abrazan la República Oriental, formadas y pagadas con el oro de la Nación Argentina, mandadas en los buques de guerra argentinos, son la vanguardia de los iroqueses que en Buenos Aires aguardan el momento de concurrir al festín del degüello que se divisa en San José.

No son las protestas de los traidores encubiertos: no son las seguridades de los consejeros incautos, las que han de desviar la mano alevé que espía vuestro cuello en la soledad y en la sombra. Es vuestro propio valor. Es vuestra propia energía. ¡Alerta! general Urquiza.

REVELACION DE UN CRIMEN

Los asesinos del general Peñaloza se han espantado de la deformidad de su propio crimen. Quedan dos únicos caminos que pueden salvarlos, y los salvajes uni-

tarios infames como siempre, como siempre traidores, los siguen sin vacilar.

El primero es adormecer al general Urquiza, adularlo, cortejarlo, complacerlo en cuanto desee, mostrarse con él solícitos, afables y cariñosos, a fin de que la bárbara degollación del general Peñaloza no lo haga abandonar un solo instante esa política de contemplaciones y de dulzuras que hace dos años tiene para con los salvajes unitarios.

Así lo hicieron cuando asesinaron a Benavides.

Así lo hicieron cuando asesinaron a los Virasoro.

Así lo harán ahora que han asesinado a Peñaloza.

Pero el general Urquiza no puede dejarse engañar por esas zalamerías de tigres.

Benavides dió por resultado "Cepeda".

Virasoro, dió por resultado "Pavón".

El segundo camino de salvación para ellos, es engañar al país; y esa es la inicua tarea que han emprendido. Peñaloza no ha sido perseguido. Ni hecho prisionero. Ni fusilado. Ni su muerte ha acaecido el 12 de noviembre. Lo vamos a probar evi-

dentemente, y con los documentos de ellos mismos. Todo eso es un tejido de infamias y mentiras, que cae por tierra al más ligerísimo examen de los documentos oficiales que han publicado sus asesinos.

Ha sido cosido a puñaladas en su propio lecho, y mientras dormía, por un asesino que se introdujo a su campo en el silencio de la noche, fué enseguida degollado, y el asesino huyó llevándose la cabeza. A la mañana siguiente no había en su lecho ensangrentado sino un cadáver mutilado, y cubierto de heridas. Esa es la verdad, pero todo esto ha ocurrido antes del 12, de que hablan las notas oficiales. Los partes y documentos confabulados mucho después del asesinato con el solo objeto de extraviar la opinión del país, incurren en contradicciones estúpidas. Esa es la condición del crimen, siempre deja en pos de sí los rastros imborrables que sirven para descubrirlo. Examinemos ligeramente esos documentos. El primer parte que aparece dando cuenta de la muerte del general Peñaloza, es el siguiente:

“Olta, Noviembre 12 de 1863.

“Al Excmo. señor Gobernador, coronel D. Domingo Faustino Sarmiento.

“Pongo en conocimiento de V. E. que hoy en la madrugada, sorprendí al bandido Peñaloza, el cual fué inmediatamente pasado por las armas, haciéndoles también algunos muertos que despavoridos huían; también tengo prisionera a la mujer y un hijo adoptivo, tomándome gran interés en salvarlo.

“Dios guarde a V. E. muchos años. — (Fdo.): Pablo Yrrazábal. Ramón Castañeda, secretario. Belisario Saravia” (Es copia).

En este parte dice claramente Yrrazábal, que él sorprendió y pasó por las armas a Peñaloza en la madrugada del 12, no habiendo hecho más prisioneros que la familia de Peñaloza, su mujer y su hijo. Téngase esto presente.

Sarmiento transmite a Paunero la noticia con la siguiente nota:

“El gobernador de la Provincia de San Juan, Noviembre 16 de 1863. Al señor

Inspector General de Armas de la República, general D. Wenceslao Paunero:

“El infrascripto tiene el honor de poner en conocimiento de V. E. que el mayor D. Pablo Yrrazábal, mandado en persecución de los fugitivos de la brillante jornada de Cauce, remite las copias que en copia acompaño, habiendo tenido por fruto de su actividad sorprender y dar muerte al bandido Peñaloza.

“El Cte. D. Ricardo Vera, conductor del parte, ha sido el jefe que con solo treinta hombres se desprendió del grueso de las fuerzas, y logró, favorecido por la lluvia copiosa, entrar en Olta, sin que hubiese sido visto, a las 9 de la mañana.

Cinco soldados lo acompañaban en el momento de asaltar la casa en que se hallaba Peñaloza, habiendo ordenado al resto rodear el lugar.

“El infrascripto al transmitir a V. E. tan plausible noticia, espera que haya recibido directamente aviso de la dispersión de Puebla, pues el mayor Yrrazábal se dirigía al sud, en busca de esa reunión.

“El infrascripto aprovecha esta ocasión de felicitar a V. E. por este nuevo triunfo,

que promete poner término a la guerra del vandalaje.

"Dios guarde a V. E. — (Fdo.): Domingo F. Sarmiento. Ruperto Godoy, Valentín Videla, secretario. Belisario Saravia".

Ahora ya no es él, Yrrazábal, el que sorprendió a Peñaloza en la madrugada del 12 y lo fusiló; sino que Vera, sin ser visto, a las 9 de la mañana, entra en Olta con 5 hombres y fusila a Peñaloza.

Con fecha 12 dirige Yrrazábal la siguiente nota a Arredondo:

"Olta, Noviembre 12 de 1863.

"Al señor comandante en jefe de la división expedicionaria a La Rioja, coronel D. José M. Arredondo.

"Pongo en conocimiento de V. E. el buen éxito de nuestra jornada que ha dado el triunfo sobre el vandalaje. El valiente comandante D. Ricardo Vera, nombrado jefe de vanguardia de la división de mi mando, se ha portado a la altura de sus antecedentes el día 11 del corriente. Después de hacer marchas forzadas, llegamos al "Pozo Verde", dispuse saliesen tres par-

tidas, por noticias que tuve en Malazán que Agenor Pacheco reunía fuerzas, las cuales fueron sorprendidas por el comandante Vera y tomados prisioneros diez y ocho individuos, incluso un capitán, un teniente y un ayudante. Acto continuo se les tomó declaración, de la que resultó que Peñaloza estaba en Olta, con una pequeña fuerza, con intenciones de reaccionar. A esa misma hora emprendí la marcha el día 12 en la madrugada y llegamos a ésta a gran galope. En el acto de llegar fué sorprendido y muerto el titulado general de la Nación, por el comandante Vera, tomándose también diez y ocho prisioneros; hubieron seis muertos incluso dos capitanes; también se tomó prisionera a la mujer del Chacho y un hijo adoptivo.

“Me tomo gran interés en recomendar a los comandantes: D. Ricardo Vera, D. Escipión Dávila y el sargento mayor D. Gualberto Giménez; igualmente al teniente del 6 de línea, D. Juan Hum, y sus bravos soldados, por el gran entusiasmo con que han dado cumplimiento a sus deberes, demostrando gran arrojo al peligro; y los soldados del regimiento N^o 1 de ca-

ballería de línea, también son acreedores, como V. S. no desconocerá, que siempre dejan bien puesto el honor de las armas.

“Sin otro objeto, disponga de la voluntad de su servidor. — Dios guarde a V. E. muchos años. — (Fdo.): Yrrazábal, Ramón Castañeda, oficial mayor secretario, Belisario Saravia” (es copia).

Ahora ya no es él (Yrrazábal) el que mató a Peñaloza, como dice el primer documento, sino que dice que fué Vera, quien además tomó 18 prisioneros, habiendo 6 muertos, incluso dos capitanes. El documento con la misma firma anteriormente transcripto, no habla ni palabra de tales prisioneros, y la nota de Sarmiento dice que Vera iba con 5 hombres.

O miente uno o miente el otro. La verdad es que mienten los dos. Esa recomendación sobre el valor heroico de la cáfila de jefes y oficiales que la nota nombra, no es más que una necia invención para engañar a los tontos sobre lo encarnizado del combate. ¡Qué infames! No tenemos tiempo para detenernos más en hacer notar otras contradicciones de esos documentos fraguados para encubrir un crimen

horroroso. Nuestros lectores las descubrirán fácilmente. Hemos dicho que el asesinato de Peñaloza no ha tenido lugar el 12 como lo dicen todos los partes y documentos que acabamos de transcribir, sino que ha sido perpetrado con anterioridad a esa fecha y que si ha estado oculto, ha sido porque los asesinos se ocupaban de fraguar el plan de notas y comunicaciones que debería servirles para encubrir el crimen. Ellos mismos se han descubierto, sin embargo. El parte de Yrrazábal es de fecha 12 de Noviembre. Su nota a Arredondo es de fecha 12 también. El hecho asegurado es que él (Yrrazábal) sorprendió a Peñaloza en el citado día 12.

Bien, pues: ¿cómo es, entonces, que el día 13 de Noviembre es decir, al día siguiente, Echegaray dirige desde los Pocitos, provincia de Córdoba, la siguiente nota al coronel Domínguez?

“El Coronel y Jefe de las fuerzas movilizadas. — Campamento de los Pocitos. —

Noviembre 13 de 1863.

“Al señor jefe de Estado Mayor, coronel D. Cesáreo Domínguez.

“Anoche (es decir el 12), arribé a este punto de la provincia de La Rioja, por no haber objeto en aquélla para permanecer por más días, y por otra parte estar ocupada por las fuerzas nacionales del coronel Arredondo y de las que se han establecido de la misma provincia.

“Pues yo creo, señor coronel, que muy pronto quedará restablecido el orden, porque el primer caudillo, que era Peñaloza, concluyó su carrera en Olta, que fué muerto por una comisión del coronel Arredondo al mando del comandante D. Ricardo Vera.

“El bandido Puebla ha tomado hacia el sud a ver si puede pasar al desierto: pero ya están avisadas por mí las autoridades de San Luis. En la entrada que he hecho a la provincia de La Rioja han quedado satisfechos mis descos; porque se me han presentado varios individuos, aun de aquellos que formaban parte de las montoneras, entregando las armas. Con lo que se deja ver que ya están desencañados y que nada podrán contra el imperio de la ley. Dios guarde a U. S. — (Fdo.): Pedro Echegaray”.

“*Nota: —* Al cerrar la presente, recibo la que le adjunto original del mayor Yrrazábal. Por ella se impondrá mejor de los sucesos ya comunicados. — (Fdo.): Echegaray”.

En esta nota, fechada un día después de aquel en que se da como acaecida la muerte de Peñaloza, y a una inmensa distancia del lugar del suceso, Echegaray habla del hecho como de un suceso viejo, habla de los resultados producidos, de la marcha de Puebla, de los avisos mandados por él a las autoridades de San Luis, de la ocupación de La Rioja por Arredondo, de los individuos que se han presentado, y por fin de que se ha retirado de aquella provincia por creer ya innecesaria su presencia allí.

No hay magia para hacer tantas cosas en unas cuantas horas, sino la de los salvajes unitarios. Pero Echegaray no mentía, sino que Peñaloza ha sido asesinado mucho antes de lo que dicen esas notas falsificadas. Echegaray le dice a Domínguez que le adjunta la nota que ha recibido de Yrrazábal. Esa nota es la siguiente:

“Regimiento N^o 1. — Ulape, Noviembre 8 de 1863.

“Al Comandante General y Coronel de los Departamentos D. Pedro Echegaray.

“El infrascripto pone en conocimiento de usted de haber llegado a dicho pueblo en persecución del bandido Puebla, creyendo se hallase en esta inmediación, pero, desgraciadamente no se halla y no me es posible seguir más adelante por estar mal cabalgados y llevar algunos días adelantados de camino Puebla.

“Pero sin embargo, espero de U. S., que teniendo alguna noticia de Puebla que permanezca en algún punto, me la transmita sin pérdida de tiempo. Según noticias, creo que U. S. no está seguro de que Peñaloza fué tomado e inmediatamente pasado por las armas; puedo pues asegurar que tenemos un principal enemigo menos y prisionera la mujer y un hijo que U. S. supongo se tomará la molestia de hacer saber en todos los Departamentos de su tránsito, creyendo con esta noticia se presentarán muchos de los que andan lu-

yendo. No ofreciéndose otra cosa. — “Dios guarde a U. S. muchos años. — (Fdo.): Pablo Yrrazábal”.

Aquí está descubierto el crimen. Esa nota es de fecha 8 de Noviembre, e Yrrazábal le asegura a Echegaray que Peñaloza había sido muerto y que él iba en persecución de Puebla, que le llevaba algunos días adelantados. No dice ni una palabra de que él fuera quien sorprendió o mató a Peñaloza.

¿Y su parte y nota de fecha 12 que dicen que lo sorprendió y fusiló esa madrugada?

El asesinato que se pretende encubrir está revelado. Los documentos que Sarmiento envía a Paujero, son todos falsificados. Peñaloza ha sido asesinado, no el 12, como lo dicen los documentos oficiales, sino antes del 8, muchos días antes, como lo dice la nota de Yrrazábal a Echegaray.

Ahora cómo ha tenido lugar esa revelación que ha venido a desbaratar todos los planes de los salvajes unitarios, vamos a decirlo en cuatro palabras. Está muy claro.

Yrrazábal no ha sorprendido a Peñaloza el 11 ni el 12, ni lo ha tomado prisionero.

nero, ni ha habido nada que se parezca.

El 8 conocía ya la muerte de Peñalosa, la avisa con toda seguridad a Echegaray, y éste la comunica al coronel D. Cesáreo Domínguez, quien da cándidamente ambas notas a la prensa, y "El Imparcial", de Córdoba, muy orondo con la importancia de la noticia que da a sus lectores, las publica sin tener en cuenta que iban a revelar el crimen.

Sarmiento entretanto se ocupaba de confabular su plan de campaña, para dar la noticia de un modo que alejara la idea del asesinato y al efecto hace firmar con Yrrazábal los partes y las notas transcritas, comunicando la noticia del hecho como recientemente acaecido.

Concluida su tarea, remite esas notas a Paunero, Paunero las manda a Mitre, y la "Nación Argentina" las publica al mismo tiempo que las otras, que servían de verdadero desmentido, se publicaban en Córdoba en el "Imparcial".

Todo esto basta para condenar al más santo, sin necesidad de que tenga en su conciencia los asesinatos de Benavides y Virasoro. Los salvajes unitarios se han tur-

bado. Han sido castigados por la mano de la Providencia. La Providencia no ha querido que semejante crimen quedara oculto, ni sus autores desconocidos, porque no quiere que quede impune.

El criminal se agazapa, se esconde, pero siempre deja la cola afuera, que es por donde lo toma la justicia. Los salvajes unitarios han dejado también la cola afuera. — J. H.

I

Vamos a describir a grandísimos rasgos la vida de este héroe sencillo y modesto, a bosquejarla con la brevedad con que nos lo permite el carácter y aun el objeto de esta publicación.

Pocos habrá, quizás, que conozcan una existencia extraordinaria, ese caudillo valiente, generoso y caballeresco, que ha sido actor en las escenas más notables del drama de nuestras luchas civiles y a quien sus perversos enemigos han pintado como el tipo de la ferocidad y encarnación del crimen.

Peñaloza, puede decirse muy bien, que

ha sido durante su azarosa vida: una propiedad de la Patria y de sus amigos. Era una de aquellas almas inspiradas sólo en el bien de los demás, uno de aquellos corazones que no conocen jamás el odio, el rencor, la venganza ni el miedo. Si sus enemigos hubieran abrigado un átomo siquiera de los generosos sentimientos que él atesoraba en su alma, no habrían sido jamás tan injustos y tan crueles con él. Sabemos muy bien que nuestra tarea de hacer conocer la historia de ese patriota infortunado, nos valdría, cuando menos, de parte de sus encarnizados enemigos, la burla, los apóstrofes groseros, el insulto y la calumnia. Pero, por odiosa que esta tarea resulte a ciertos ojos, no puede semejante consideración influir más en nosotros, que el sentimiento de justicia que coloca la pluma en nuestras manos.

Con objeto menos loable, se han tomado otras tareas más arduas. Sarmiento escribió su "Facundo" sin más objeto que deprimir un partido que no podían vencer y haciéndose remunerar con largueza por los suyos ese trabajo. ¿Qué extraño es, pues, que nosotros dediquemos algunas

palabras a un héroe sencillo y modesto, cuando sobre todo, estamos muy distantes de ser alentados con la esperanza de ninguna recompensa?

No es posible trazar el más ligero rasgo respecto a la vida de Peñaloza, sin encontrarse envuelto en las inmensas complicaciones de la guerra que desde hace cuatro décadas tiene lugar en nuestro país, y en todas las cuales ha tenido una parte a veces secundaria, a veces principal, pero siempre distinguida y honorable para él.

Peñaloza ha pasado su vida en los campos de batalla, y la historia le consagrará una página sin mancha, como no alcanzarán jamás a obtenerlo muchos de los prohombres de los partidos Federal y Unitario.

Bosquejar, pues, la vida de Peñaloza es hacer una triste relación de nuestra luctuosa historia. Esa es la tarea que emprendemos con el sentimiento de la recitud y de la Justicia.

II

Peñaloza no fué jamás un hombre obscuro. Pertenece a una de las más antiguas,

como de las más notables familias de La Rioja, y la que ha contado y cuenta entre los suyos personas muy respetables.

Muy niño aún, fué tomado a su cargo por un anciano sacerdote de la provincia de La Rioja, a quien acompañó hasta su muerte. Este respetable anciano, cuyo nombre hemos sabido y no recordamos en este momento, balbuciente ya por su avanzada edad, no podía pronunciar claro la palabra muchacho con que acostumbraba a llamarlo, y sólo le daba el nombre de Chacho, que ha venido a hacerse célebre en los fastos de nuestra historia política, y que será la eterna pesadilla de los que se han echado sobre sí la odiosa responsabilidad de su alevosa muerte.

Popularizado este nombre entre los jóvenes de su época, y muerto ya el anciano sacerdote que lo tuvo a su cargo, el general Quiroga lo llevó a su lado, haciendo con él las veces de padre, y dándole como expresión de su afecto el nombre de "Chachito".

Una vez al lado de Quiroga, era natural que él aceptara la misma carrera del hombre que lo protegía, y muy joven entró al

servicio de las armas, en clase de cadete en el regimiento escolta de dicho general.

Aunque nuestro ánimo no es escribir la historia de nuestras luchas políticas, sino en la parte que tengan relación con la vida del general Peñalosa, no podemos hacer esto, sin dar una idea, aunque ligera, de aquellos sucesos.

Durante el gobierno del señor Rivadavia, La Madrid fué despachado al interior, con el objeto de organizar un regimiento en la provincia de Catamarca, y este general, apenas se vió con algunas fuerzas a sus órdenes, pasó a Tucumán, e hizo una revolución al gobernador López, a quien reemplazó en el mando.

En esta revolución contrarió, sin duda, las instrucciones y propósitos de Rivadavia, quien dejaba triunfante la revolución, porque La Madrid le había oficiado sometiendo a su autoridad. Disgustado el general Quiroga de esta contraorden que venía a consagrar impunidad al crimen de sedición contra un gobierno legal, se propuso castigarla por su sola cuenta, cuyo propósito realizó con un buen éxito: 1º en Palmas Redondas y después en la batalla

del Tala, donde derrotó completamente las huestes revolucionarias, a las que se hallaba reunido el regimiento de los Colombianos, que se había sublevado en Bolivia, y pasado a la República Argentina, a las órdenes del coronel Matute.

En esta batalla recibió Peñaloza, en un costado, una grave herida de lanza, que puso en mucho cuidado su vida, y sobre el campo de batalla fué hecho capitán. Debemos hacer notar que ésta es la única herida que el general Peñaloza ha recibido en su vida de combates; la segunda es la que le han abierto sus bárbaros asesinos.

Algún tiempo después, sabedor Quiroga de que La Madrid organizaba sus fuerzas en Tucumán, marchó a buscarlo, y lo derrotó por segunda vez en los Rincones del Manantial.

En esta jornada, como en la anterior, el capitán Peñaloza se hizo notable por su intrepidez y recibió señaladas muestras de distinción.

Quiroga regresó a La Rioja y licenció sus fuerzas. Aquí termina este primer episodio de nuestras luchas civiles, en que le tocó figurar al general Peñaloza.

III

Otra nueva época de guerra empieza, y al partido unitario le toca la triste celebridad de iniciarla, manchando con sangre las páginas de nuestra historia.

La revolución encabezada por el general Lavalle, en Buenos Aires, el 1º de diciembre de 1828, y que dió por resultado la caída del gobernador Dorrego, y su bárbaro fusilamiento en los campos de Navarro por orden de Lavalle, alarmó justamente a los gobernadores de las provincias, a quienes Lavalle había desdeñado dirigirse para invitarlos a tomar parte en su movimiento.

Este es el tronco genealógico de todas las desgracias que hasta ahora vienen afligiendo a nuestra patria. De allí parten nuestros males.

La sangre del coronel Dorrego fué la primera que se derramó alevosamente en nuestra guerra civil. Hasta hoy ha sido la última la del general Peñaloza.

El general Paz marchó entonces desde

Buenos Aires para el interior con una división de 800 a 900 hombres de las tres armas, con el objeto de apoyar los pronunciamientos que tuvieron lugar en las provincias en favor de la revolución que acababa de hacer Lavalle, y con el de destruir aquellos gobiernos que pretendieron oponerse a ella.

El movimiento no era efectivamente simpático, pero el fusilamiento de Dorrego lo hizo odioso. Sólo tres provincias del norte: Tucumán, Salta y Jujuy, se declararon por él.

Córdoba, con su gobernador Bustos a la cabeza, se pronunció en masa contra la revolución.

San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja y Catamarca se pronunciaron también en contra, teniendo a su frente al general Quiroga. La provincia de Santiago del Estero permaneció neutral, aunque su política parecía inclinarse más en favor de los que combatían el movimiento iniciado por Lavalle, por su fusilamiento cruel e injusto.

Esta fué la situación de las provincias en aquel momento, aprestándose a una gue-

rra sangrienta y. lo decimos con dolor, horrible y hasta bárbara.

Peñaloza formaba en las filas del general Quiroga, siempre como capitán del citado regimiento.

La guerra da principio.

Paz penetra en la provincia de Córdoba, donde lo espera el gobernador Bustos con todas las fuerzas de que podía disponer, y la batalla se da en San Roque, a doce leguas de la ciudad, siendo Bustos completamente derrotado.

Paz llega a Córdoba, y Bustos, con los pocos restos de su ejército, marchó a unirse al general Quiroga, a quien se incorporó en la provincia de La Rioja.

Quiroga, por su parte, que había ya organizado su ejército con las fuerzas de las provincias que hemos mencionado se movió entonces de La Rioja para venir a batir al general Paz.

Penetró por el sur de la provincia de Córdoba, llegando hasta a apoderarse de la ciudad, que había estado hasta ese momento ocupada por fuerzas enemigas; y en los días 22 y 23 de junio del año 29 se dieron entre las fuerzas de ambos genera-

les las dos memorables batallas de la Tablada; en que quedó siempre triunfante el general Paz.

En estas dos reñidas batallas el capitán Peñaloza adquirió un fabuloso renombre, y en el vivac de los soldados vencedores se referían con admiración y entusiasmo muchos detalles que revelaban su arrojo e intrepidez, y que le dieron prestigio y nombradía, aun entre sus mismos enemigos. Era natural. El capitán Peñaloza mandaba parte de esa caballería, única de quien se cuenta que hubiese dado doce cargas sucesivas sobre los fuertes cuadros de infantería que el general Paz se vió obligado a formar, cargas que dieron por resultado el arrebatarle al general Paz las piezas de artillería que tenía encerradas en ellos. Pero la estrategia debía triunfar del arrojo en esta célebre jornada; pues el general Paz, por hábiles maniobras, recuperó sus cañones y derrotó al ejército del general Quiroga. Este hecho dió lugar a aquella célebre expresión del general Quiroga: "El general Paz me ha derrotado con figuras de contradanza".

Quiroga regresó aceleradamente a La

Rioja, donde reunió todos los elementos de que podía disponer en aquella provincia, y se dirigió inmediatamente a las de Cuyo, para reorganizar de nuevo su ejército.

Peñaloza seguía siempre a su lado y en su clase de capitán.

Organizado nuevamente su ejército, el general Quiroga se movió de Mendoza con el designio de batir otra vez al general Paz, y se dió entonces la batalla de Oncativo, en que Quiroga fué de nuevo completamente derrotado, y entonces este célebre caudillo se retiró a la provincia de Buenos Aires. Peñaloza lo acompañó en la retirada, y a su lado estuvo en aquella provincia todo el tiempo que permaneció en ella el prestigioso caudillo de los Llanos.

Peñaloza era ya por cierto un oficial distinguido.

Se había hecho conocer como valiente, se había granjeado la estimación de todos sus compañeros y gozaba ya de bastante prestigio.

El general Paz había quedado triunfante y dueño de todo el interior, pero la

revolución se había perdido. Lavalle había sido derrotado en los campos de "Alvarez" el 26 de abril de aquel año, y había capitulado en Buenos Aires.

IV

En esta situación, Rozas dirigió sus ojos al Interior.

Protegió al general Quiroga a fin de que hiciese una nueva expedición, y con número de 300 a 400 hombres que puso bajo sus órdenes, y los jefes que lo habían acompañado, entre los que iba Peñaloza, abrió Quiroga su nueva campaña, de mejor éxito que las dos anteriores.

Penetró en la provincia de Córdoba sin ser sentido, y fiado también en que la atención del ejército de Paz estaba absorbida completamente por el general D. Estanislao López, que, con fuerzas de Buenos Aires, las de Santa Fe y los indios del Norte, marchaba en esos momentos sobre la provincia de Córdoba.

López era por consiguiente una garantía, una completa seguridad para Quiroga.

Quiroga ataca de sorpresa en el Río 4º y deshace completamente una pequeña fuerza de Paz, que se hallaba en aquel punto a las órdenes del coronel Chavarría, y dirigió apresuradamente sus marchas a San Luis, donde derrotó también a las fuerzas que le opuso el Gobierno, en cuya jornada murió el intrépido coronel Pringles; y sin pérdida de un instante llega a la provincia de Mendoza. En esa provincia se hallaban también fuerzas pertenecientes a Paz; las cuales, a las órdenes del coronel Videla Castillo, fueron completamente derrotadas en el Rodeo de Chacón.

Así terminó Quiroga su cruzada tan peligrosa, como rápida y feliz, y dueño ya otra vez de la provincia de Cuyo, empezó la reorganización de un nuevo ejército.

El ejército del general Paz, entretanto, se debilitaba sensiblemente, y faltó hasta de lo más necesario, careciendo de cuanto podían necesitar los soldados, hostilizado de cerca por el general López, que eludía siempre el combate, pero que estaba siempre sobre él, caminaba a su completa destrucción.

En una de las frecuentes marchas para

obtener que el general López diera una batalla, Paz se separó apenas una pequeña distancia de su columna, y fué cortado y hecho prisionero por una guerrilla enemiga.

Entonces, tomó momentáneamente el mando de la fuerza el general Pedernera, como jefe superior, el cual, entregó poco después al gobernador delegado, general La Madrid, a quien correspondía por su antigüedad, y éste emprendió con ella la marcha en retirada hacia la provincia de Tucumán.

El capitán Peñaloza marchó entonces con el general Quiroga, que con su nuevo ejército, se movió otra vez de Mendoza en persecución de lo que ya eran restos del ejército de Paz.

El primer encuentro tuvo lugar en "Miraflores", donde el coronel Bargas, jefe de vanguardia de Quiroga, fué derrotado por Acha, jefe de vanguardia de La Madrid.

La batalla que siguió a este encuentro fué la de la "Ciudadela", arrabales de Tucumán, que tuvo lugar el 4 de noviembre de 1831, y en que la victoria fué completa de Quiroga.

En esta jornada notable, el triunfo fué debido en gran parte al valor del capitán Peñaloza.

En una de las repetidas cargas de la caballería de Quiroga sobre los cuadros de la infantería de La Madrid, cuando ya habían muerto varios coroneles, entre los que sólo recordamos los nombres de Bargas y Frontanelli, los jefes 1.^o y 2.^o del regimiento Escolta y gran número de otros jefes y oficiales: el capitán Peñaloza, lejos de desalentarse por tantas pérdidas, inicia una nueva carga y envainando su espada, prepara su lazo y arremetiendo hasta el centro de los cuadros de infantería, sacó de allí a la cincha de su caballo un cañón de a 4 y su caja de municiones, que La Madrid tenía en su costado izquierdo. El cañón fué utilizado inmediatamente por el general Quiroga, haciendo con él muchos disparos sobre las filas enemigas.

Este hecho, apreciado dignamente por el general Quiroga, le valió al capitán Peñaloza ser nombrado teniente coronel sobre el mismo campo de batalla, y de que le fuera confiado el mando del regimien-

to en que había servido antes como subalterno.

La Madrid pasó a Bolivia con los pequeños restos de su ejército. La guerra quedaba terminada. Lavalle había capitulado y se hallaba en Buenos Aires.

Paz se encontraba prisionero en la Villa de Luján.

Quiroga regresó a La Rioja y licenció nuevamente su ejército, confiriendo al teniente coronel Peñaloza el nombramiento de comandante del Departamento de la Costa del Medio de los Llanos. Peñaloza gozaba entonces de la nombradía que le había conquistado su valor y la fama bien adquirida de sus hechos.

V

Su prestigio le daba ya un poder bastante fuerte en La Rioja.

En 1834 se dejaron sentir en las provincias de Salta y Tucumán complicaciones que podían muy bien llegar a comprometer el orden existente, y Rozas creyó conveniente emplear, para sofocar la discordia,

el crédito y prestigio de que gozaba el general Quiroga.

Quiroga, que a la sazón se hallaba en Buenos Aires, marchó en esa comisión con el carácter de mediador, en diciembre de aquel año, y a su regreso tuvo lugar en Barranca Yaco, el 16 de febrero de 1835, el bárbaro asesinato de este terrible y poderoso caudillo, muriendo también con él su secretario, el coronel mayor José Santos Ortiz, los nueve individuos de su comitiva y el correísta Luegues, que dirigía la galera.

Este hecho, hizo una profunda impresión en todo el país, y debió producir inmediatamente una sublevación en algunas provincias. Sus enemigos, con razón o sin ella, acusaron a Rozas de este horrendo asesinato y él, por su parte, lanzaba toda la odiosa responsabilidad del crimen sobre el Partido Unitario. El hecho es que Rozas hizo instruir un sumario que duró dos años y cuyo resultado fué que los cuatro hermanos Reinafé, Santos Pérez y varios otros fueron condenados a la pena de muerte como autores, ejecutores y cómplices en la muerte del general Quiroga,

cuya ejecución tuvo lugar en Buenos Aires, en la plaza de la Victoria, el 25 de octubre de 1837.

Este hecho fué, indudablemente, a los ojos de muchos, considerado como una tremenda justicia de Rozas; pero a los de otros aparecía como una cruel y sangrienta cábala, que debería ser vengada también. El descontento, el malestar y la agitación producida por estos notables acontecimientos crecía en el interior y las provincias, que no hacía muchos años se habían pronunciado contra la revolución iniciada por Lavalle con la muerte del distinguido coronel Dorrego, sólo aguardaron ya una ocasión propicia para hacerlo contra Rozas por la muerte de Quiroga unas, por la de los Reinalfé, otras. Esta ocasión se les presentó tres años después.

VI

En 1840 Lavalle emprendió su cruzada contra Rozas con el ejército que formó en Corrientes, y derrotado en Sauce Grande por el general Echagüe el 16 de julio del mismo año, efectuó su paso del Paraná

por el Diamante, en los buques de la escuadra francesa, dirigiéndose inmediatamente a la provincia de Buenos Aires y llegando hasta el puente de Márquez.

La noticia de la aproximación de Lavalle con un ejército a Buenos Aires, que hacía imposible para Rozas el envío de fuerzas al interior, alentó a las provincias descontentas y simultáneamente se pronunciaron varias.

La Rioja se pronunció en masa y su gobernador el general Brizuela, investido por las demás provincias con el título de jefe supremo y director de la guerra, tomó el mando del ejército.

En esta lucha no podía dejar de contar con el concurso del teniente coronel Peñaloza, a quien la muerte de su jefe, protector y amigo lo coloca, naturalmente, en las filas de la revolución. Así lo comprendió Brizuela y le confió el mando de una fuerza, confiriéndole, además, el grado de coronel.

La excitación general de las provincias había inducido a Rozas a enviar al seno de ellas al general La Madrid, que había vuelto a Buenos Aires de su emigración y

revisaba en el ejército de Rozas. Necesario nos es dar aquí una idea, aunque sea rápida, de los sucesos que entonces tuvieron lugar, para poder apreciar debidamente el papel que cupo a Peñaloza como resultado de esos mismos acontecimientos y la parte muy distinguida que le correspondió en su desenlace.

El general Lavalle, que había asumido la responsabilidad de una empresa muy superior a sus fuerzas y a su genio, abandonó su campo cerca de la ciudad de Buenos Aires y emprendió su retirada desprestigiando, así, una cruzada que pudo dar en tierra con el poder de Rozas.

Dirigió sus fuerzas a la provincia de Santa Fe, de cuya capital se posesionó y batido allí por el coronel Jacinto Andrada con sus bravos dragones, emprendió su retirada a las provincias.

La Madrid, por su parte, faltando a la fe de las promesas con que se había captado la confianza de Rozas, se pronunció en favor del movimiento en la provincia de Tucumán, así que tuvo formada alguna fuerza, y pasó a La Rioja. Con un contingente que le proporcionó el general

Brizuela marchó en dirección a Córdoba, buscando la incorporación de Lavalle.

Cuando pisaba la frontera de esta provincia, ella se pronunció en favor de la revolución el 10 de octubre de 1840.

Los hombres de esta revolución, ayudados por el contingente que el general La Madrid traía consigo, consiguieron organizar un ejército de cerca de 4.000 hombres, el cual se mandó ofrecer al general Lavalle por una comisión de vecinos respetables, para que con su ayuda pudiese batir fácilmente las fuerzas que al mando del general Oribe había despachado Rozas en su seguimiento. Lavalle, cuya impericia militar era sólo comparable con su petulante arrogancia, esquivó una contestación decisiva al ofrecimiento que se le hacía y anticipó la batalla en situación y condiciones desfavorables, para no dar a sus amigos parte de una gloria que él quería sólo para sí.

Los resultados, sin embargo, no correspondieron a sus esperanzas, y los campos de Quebracho Herrado, dan testimonio del castigo que recibió su vanidad el 28 de noviembre de 1840.

Lavalle llegó a Córdoba, donde después de conferenciar con La Madrid, se dirigió éste a Tucumán a organizar más fuerzas y aquél a La Rioja, a ponerse a las órdenes del general Brizuela.

Brizuela le dió el mando del ejército como general en jefe y el general Pedernera, que había pasado de Chile a ponerse a las órdenes del Directorio de Guerra, fué nombrado su segundo.

El general Lavalle, ayudado por el coronel Peñaloza, que era uno de los jefes más importantes de La Rioja, continuó allí la resistencia a los ejércitos que invadían la provincia, y después de un tiempo de lucha se retiró a Tucumán. En su tránsito por Catamarca tuvo nuevamente ocasión de conferenciar con el general La Madrid, que se dirigía a Cuyo. La conferencia no tuvo resultado alguno, persistiendo cada uno en su propósito.

Continuó Lavalle sus marchas, y el 19 de noviembre de 1811 lo alcanzó el general Oribe en Famaillá o Monte Grande, provincia de Tucumán, donde lo derrotó completamente.

Lavalle se dirigió entonces para Bolivia,

pero fué muerto en Jujuy, de una manera casual y obscura. Mientras esto acontecía en relación al general Lavalle, los elementos de la revolución mantenían su última resistencia en La Rioja.

El general Brizuela se defendía de las fuerzas coaligadas de varias provincias que a las órdenes del famoso padre Aldao operaban sobre aquélla.

En uno de los repetidos encuentros, que tuvo lugar en la cuesta de Sañogasta, el general Brizuela fué herido y hecho prisionero por Germán Villafañe, asistente entonces del general Benavides.

Brizuela murió de esa herida pocos momentos después de haberla recibido, y el coronel Peñaloza, como el jefe más caracterizado y prestigioso de la provincia, quedó a la cabeza de la resistencia.

Aquí entra para el coronel Peñaloza un período laborioso y de inmensas fatigas en el que ha conquistado muchos títulos a la gloria.

El solo, entonces, sin más elementos que su prestigio, sin más tácticas que la que le aconsejaba su genio, luchó diariamente, durante tres meses consecutivos, contra

numerosas fuerzas que se le oponían de los ejércitos del general Oribe, el padre Aldao y el general Benavides.

La premura del tiempo con que escribimos estos rasgos biográficos de la vida del general Peñaloza no nos permite recoger los datos que nos serían indispensables para hacer la historia de esos gloriosos días.

El país entero conserva el recuerdo de esa resistencia, que es uno de los episodios más distinguidos de nuestra guerra civil, y en que el coronel Peñaloza hizo prodigios de actividad y de arrojo, conquistando entonces toda la fama y el prestigio que más tarde le ha valido el ser cosido a puñaladas en el mismo teatro de sus hazañas, y por el mismo partido que entonces defendía con tanta bravura.

Los ejércitos que lo combatían, cansados ya de esa lucha inacabable que mantenían contra un caudillo que aparecía y desaparecía de su presencia haciéndoles la campaña fatigosa y desesperada, abandonaron su empresa, dejando al coronel Peñaloza dueño de casi toda la provincia de La Rioja.

Esto dió lugar a que el coronel Peñaloza pudiera ponerse de acuerdo con el general La Madrid (que se hallaba en Catamarca), y que juntos emprendieron su marcha a la provincia de Mendoza, donde se hallaba el general Pacheco con una fuerte división de las tres armas del ejército de Oribe. La victoria parece que quiso protegerlos un momento. El coronel Acha, jefe de vanguardia de La Madrid, derrotó primero a Benavides en la Punta del Monte y en seguida al mismo y Aldao en la famosa batalla de Angaco, donde Acha, con su pequeña fuerza, hizo prodigios de valor. Pero Acha fué sorprendido, batido y hecho prisionero en San Juan, antes que La Madrid tuviera tiempo de protegerlo, y éste, después de montar allí su ejército lo mejor que pudo, pasó a la provincia de Mendoza.

Allí fué del todo deshecho por el general Pacheco.

El encuentro tuvo lugar a pocas leguas de la ciudad, en el lugar denominado Rodeo del Medio, el 24 de noviembre de 1841.

El general La Madrid y el coronel Pe-

ñaloza, con los restos de su ejército, emprendieron su paso para Chile, atravesando con grandísimo peligro la Cordillera, que aún estaba obstruída por las nieves y en cuyo tránsito perecieron gran número de los que los acompañaban.

Este episodio lo conocerán, sin duda, muchos de nuestros lectores, pues es el que ha sido conmemorado en el cuadro trazado por el señor Rawson, que ha estado por mucho tiempo expuesto en los salones del Club Socialista.

Esta fué la primera emigración del general Peñaloza.

Rozas quedó completamente triunfante.

Los dos jefes principales de la revolución habían muerto. Lavalle en Jujuy. Brizuela en La Rioja, La Madrid y Peñaloza estaban proscriptos.

Poco tiempo se conformó el patriota riojano con la vida del expatriado.

Los sufrimientos de su patria, víctima de la tiranía, afianzada por la ineptitud y las exageradas pretensiones de los hombres del partido unitario con las que se acarrearón tantas derrotas, hablaron muy

alto en el corazón de aquel patriota noble y desinteresado, que sin preocuparse de la eficacia de los medios, sino sólo de la sanidad del objeto, se lanzó a la República Argentina acompañado de un puñado de valientes con cuyo concurso realizó proezas increíbles.

Había atravesado la Cordillera por el paso de Vinchina y de pronto se presentó en La Rioja, que se pronunció casi toda en su favor. Los hijos más notables de esa provincia se unieron a sus filas, aumentadas así considerablemente, y sin pérdida de momento se dirigió a Catamarca, donde después de infinidad de encuentros parciales, derrotó en Coneta a 2.000 hombres de caballería del Ejército del Gobierno; deshizo completamente otra parte del mismo Ejército en "Las Callesitas", departamento de Piedra Blanca, pasando en una impetuosa carga por sobre las infanterías enemigas, y completó sus victorias en "Habra", donde batió completamente al coronel Pintos que se hallaba con una fuerza respetable.

Triunfante así en Catamarca, se precipita sobre Tucumán con la velocidad del

rayo, cuya gloriosa campaña selló con el completo triunfo que obtuvo en los "Manantiales", sobre el Ejército de aquella provincia a las órdenes del general Gutiérrez.

Allí empezó la organización de su Ejército, que elevó al número de 2.000 hombres, con algunas infanterías.

El general Benavides se puso en campaña en su busca.

Marchó desde San Juan con las fuerzas de que podía disponer, con las que le ofrecieron los gobiernos de San Luis y Mendoza con algunas que a su paso pudo reunir en Catamarca y con la concurrencia, con todas sus fuerzas, del gobierno de Santiago.

Con esta poderosa masa marchó Benavides a batir al que habiendo llegado casi solo a La Rioja no hacía mucho, había obtenido una serie de triunfos, derrotando completamente dos ejércitos fuertes y posesionándose de tres provincias.

Benavides comprendía que una batalla era el único medio de acabar con Peñaloza, y éste por su parte comprendía también que una batalla era el único medio

de librar a los pueblos de los desastres consiguientes a una guerra, que prolongándose habría dado por resultado hacer más grave el estado de ruina y desolación en que se hallaban.

Ambos ejércitos se encontraron en los "Manantiales", provincia de Tucumán, y se libró entre ellos un reñidísimo combate, en que por fin la victoria se pronunció por el general Benavides. En esta batalla el coronel Peñaloza estuvo en inminente peligro de ser muerto por sus enemigos. Debió su vida al arrojo e intrepidez de su mujer, quien, viendo el peligro en que se hallaba, reúne unos cuantos soldados y poniéndose a su frente se precipita sobre los que atacaban a Peñaloza, con una decisión que habría honrado a cualquier guerrero.

Ella lo salvó en efecto; pero un furioso soldado enemigo, al ver que se les escapaba su codiciada presa, descargó sobre su cabeza un terrible sablazo que la derribó del caballo.

A la que semejante hazaña acababa de ejecutar, no podía faltarle un defensor valiente en aquel momento de cruel conflicto.

Un capitán de Peñaloza, don Ramón Ibáñez, atacó y dió muerte al que acababa de herirla, y la sacó de aquel campo de lucha y exterminio con esfuerzos increíbles.

El coronel Peñaloza, con los pequeños restos de su Ejército, emprendió su retirada para Catamarca. Referiremos ligeramente a nuestros lectores, un episodio que tuvo lugar en esa retirada, y cuyo conocimiento servirá para que puedan apreciar mejor el temple generoso de ese esforzado caudillo. En el tránsito por Catamarca, marchaba como vanguardia de la pequeña fuerza, el coronel Yanzón, acompañado sólo de cuatro o cinco soldados, y el cual se vió atacado de improviso, en el Departamento de Santa María, por una partida de gauchos.

Yanzón mató de un pistoletazo a Gutiérrez, que capitaneaba la partida, pero fué vencido por la superioridad del número, y muerto después de una heroica defensa.

Uno de los soldados regresa a dar parte al coronel Peñaloza de lo que ocurría, y éste corre aceleradamente al lugar de la catástrofe, donde aun estaban reunidos los

malhechores y a los cuales hizo prisioneros, sin que escapara uno solo.

El coronel Yanzón era, no sólo un jefe valiente y prestigioso, sino un amigo querido de Peñaloza, que acababa de acompañarlo en su arriesgada empresa, y compartir con él los azares y fatigas de esa penosa campaña. Peñaloza lamentaba su muerte como la de un hermano querido. ¿Queréis saber cuál fué el castigo que impuso a sus matadores, la única venganza que tomó de ellos?

Véaulo, los que lo han retratado animado de sentimientos sanguinarios. Su único castigo fué hacerlos marchar a pie, conduciendo en hombros el cadáver de su desgraciado compañero, hasta llegar a la Capilla de Gualfín, en el Departamento de Belén, 12 leguas distante del teatro del suceso, y donde les hizo abrir la sepultura en que dejó enterrado a su antiguo amigo.

Cumpliendo este penoso deber, hizo arrodillar alrededor de la tumba de Yanzón, a sus mismos matadores, y después de una ligera oración les restituyó completamente la libertad.

Esa fué su venganza, dígasenos si esta:

noble conducta no contrasta de una manera digna con su bravura en los combates.

¿Puede referir un hecho semejante alguno de sus furiosos enemigos?

La muerte de Peñaloza nos dice que no.

¿Habrá orado sobre su tumba alguno de sus asesinos?

Si hubieran tenido en su alma siquiera un sentimiento de religión, habrían respetado la vida de ese anciano.

Con el dolor que le causaba la pérdida que acababa de sufrir, continuó su marcha en retirada dirigiéndose a "Fiambalao" de allí a La Rioja por el Departamento de "Famatina", pasando inmediatamente a Los Llanos donde de nuevo tentó la organización de su ejército.

Pero Benavides no le dejó el tiempo que su empresa requería.

Marchó aceleradamente en su persecución, y con poca gente. Queremos, al terminar nuestro trabajo, darle cima narrando un hecho histórico, de esa fecha, que al par que caracteriza bien al héroe que el partido unitario acaba de sacrificar a sus iras, daguerreotipa mejor la fisonomía

que el coronel Peñaloza había alcanzado a reunir. Se dió la última batalla en "Ilisca", costa alta de Los Llanos y en la que fué deshecho completamente.

Por segunda vez tomó el camino de la emigración, volviendo a Chile por el mismo paso de Vinchina, por que había pasado poco antes a acometer una empresa sembrada de dificultades y de peligros.

Esta fué la última emigración del coronel Peñaloza.

VIII

Como antes, la vida fuera de su Patria le fué penosa e insoportable. No le era ya posible volver a ella combatiendo por su libertad, y le era más difícil aún resignarse a vivir lejos de ella. Desesperado de esa emigración y destituido completamente de la esperanza de poder realizar otra cruzada con éxito, concibió un plan atrevido y tan peligroso en los medios, como dudoso en su éxito.

Testigo muchas veces de las acciones generosas del general Benavides conocía

los sentimientos del hombre con quien acababa de combatir, y a esa generosidad fió su vida y su suerte.

Su empresa tuvo un éxito feliz. Repasó la Cordillera y regresó a su Patria guardando el incógnito, presentándosele de improviso en San Juan al general Benavides a quien habló con aquel lenguaje en que la franqueza parece aconsejada por la desesperación, diciéndole: que venía a entregarse a él, que dispusiera de su vida, que era su prisionero, que si merecía la muerte la recibiría con gusto antes que vivir por más tiempo fuera de su país.

Las esperanzas que había abrigado el coronel Peñaloza eran fundadas, y el general Benavides correspondió dignamente a ellas. Le prometió que a su lado hallaría una hospitalidad generosa y segura, con la confianza que puede inspirar la amistad, y Peñaloza quedó en San Juan.

Rozas, que tuvo conocimiento de la presencia de Peñaloza en aquella provincia, reclamó de Benavides su envío, por reiteradas e imperiosas órdenes. Pero Benavides resistió al cumplimiento de esas órdenes, a pesar de la grave situación en que se

colocaba él mismo, cumpliendo así la fe de las promesas hechas a su protegido.

Aún antes de caer Rozas, ya el coronel Peñaloza obtuvo de su bienhechor el permiso de ir a residir en los Llanos de La Rioja, donde resistió repetidas veces a las sugerencias de sus amigos que lo rodearon en el acto pretendiendo que se pusiera al frente de un nuevo movimiento.

Pero el coronel Peñaloza fué para el general Benavides el amigo leal que Benavides había sido para Peñaloza.

El triunfo de "Caseros" lo trajo nuevamente a la escena.

El general Benavides se puso decididamente al servicio de la organización nacional, y Peñaloza, identificando su causa con la de su protector y amigo, se unió a él con todo el poder que le daba su prestigio en La Rioja.

En esta identificación misteriosa parece que se descubre algo de providencial.

Dos hombres que tanto habían luchado entre sí, se unen, se profesan mutuamente una amistad franca y leal, se consagran al servicio de una misma idea y ambos vienen al fin, a tener una muerte

idéntica y recibirla de la misma mano.

El general Urquiza en su período presidencial, envió a Peñaloza sus despachos de coronel de la Nación: más tarde el Congreso lo elevó al rango de general, y en la organización del Ejército Argentino le fué señalado el puesto de segundo jefe del Ejército de Cuyo.

Durante el primer período constitucional, y hasta la destrucción del segundo, el general Peñaloza fué uno de sus sostenedores más decididos y leales, concurriendo siempre con la subordinación del soldado, allí donde el Gobierno Nacional se lo ordenó.

IX

No creemos necesario detenernos mucho para recordar a nuestros lectores la resistencia heroica que el general Peñaloza hizo por el espacio de muchos meses al Ejército que después de Pavón envió el general Mitre al Interior, y que fué a ensangrentar el suelo de las provincias. Aún están vivos esos hechos en la memoria de todos, y todos saben que ante su prestigio,

su actividad y su arrojo, únicos elementos de que podía disponer, fué a estrellarse todo el poder de las huestes invasoras: política de ese partido, cuya ambición es su único fin, el asesinato su único medio. Nuestros lectores no deben haber olvidado que el supuesto Gobierno Nacional, persuadido de su impotencia para triunfar del general Peñaloza, en esa lucha en que se esterilizaban sus inmensos sacrificios y en que emplearon con igual ineficacia los medios más reprobados y criminales. Rivas, Sandes, Arredondo y demás, celebró entonces un tratado con él, por medio de su comisionado el doctor D. Eusebio Bedoya, cuyo tratado fué firmado en la Provincia de La Rioja, en el lugar llamado Las Banderitas. En ese sitio, y después de firmado dicho tratado, el General Peñaloza, dirigiéndose a los Coroneles Sandes, Arredondo y Rivas dijo: "es natural que habiendo terminado la lucha, por el convenio que acaba de firmarse, nos devolvamos recíprocamente los prisioneros tomados en los diferentes encuentros que hemos tenido: por mi parte yo voy a llenar inmediatamente este deber". Los men-

cionados jefes de Mitre, enmudecieron ante estas palabras y sólo se dirigieron entre sí una mirada de asombro o de vergüenza. El general Peñaloza que, o no se apercibió de lo que ese silencio significaba, o que, por el contrario, ya contaba de antemano con la muda respuesta que se le daba, no se dió por entendido de lo que sucedía, y llamando inmediatamente a uno de sus ayudantes (de apellido Cofré), le ordenó que llevase al lugar de la conferencia a los prisioneros porteños, fueron sus palabras, para ser devueltos a sus jefes.

No tardaron mucho en presentarse dichos prisioneros, y a su vista el general Peñaloza dijo: "Aquí tienen ustedes los prisioneros que yo les he tomado, ellos dirán si los he tratado bien, ya ven que ni siquiera les falta un botón del uniforme". Un entusiasta viva, al general Peñaloza, dado por los mismos prisioneros, fué la única, pero la más elocuente respuesta que estas palabras recibieron.

El general Peñaloza, viendo el silencio de los jefes de Mitre, insistió en la devolución de los prisioneros que le habían

tomado a él. “Y bien, dijo: ¿Dónde están los míos? ¿Por qué no me responden? ¡Qué! ¿Será cierto lo que se me ha dicho? ¿Será verdad que todos han sido fusilados? Cómo es, entonces, que yo soy el bandido, el saltador, y ustedes los hombres de orden y de principios? El general Peñaloza continuó en este sentido dirigiendo una enérgica y sencilla reprobación a los jefes de Mitre, a tal extremo, que el doctor Bedoya se llevó el pañuelo a los ojos, y lloraba a sollozos, quizá conmovido por la patética escena que presenciaba, tal vez avergonzado de encontrarse allí, representando a los hombres que habían inmolado tantas víctimas, o acusado quizás por su conciencia de haber manchado su carácter de Sacerdote, aceptando el mandato de un partido de asesinos.

Entretanto, los jefes de Mitre, se mantenían en silencio, humillados ante las reconstrucciones de aquel héroe cuya altura de carácter, cuya nobleza de sentimientos, tanto contrastaba con la humildad de su condición.

El general Peñaloza devolvía todos los prisioneros que había tomado, no faltaba

uno solo, y no había uno solo entre ellos que pudiera alzar su voz para quejarse de violencias o malos tratamientos.

Y, ¿dónde estaban los prisioneros que se habían tomado a él?

Habían sido fusilados sin piedad, como se persiguen y matan las fieras de los bosques.

Sandes había ensangrentado el "Puesto de Valdés" sacrificando a su rabia multitud de indefensos prisioneros.

Rivas había derramado también en el "Gigante", la sangre de 35 prisioneros inermes, y entre las víctimas estaban los jefes y oficiales del general Peñaloza, Rojas, Bilbao, Quiroga, Moliné, Vallejo, Lucero, Gutiérrez y Videla.

Las mujeres e hijos de sus soldados habían sido arrebatadas por "los valientes soldados invasores". Sus mejores servidores y sus compañeros más distinguidos habían sido sacrificados.

El correspondía a todo eso, con una acción generosa, que sus enemigos no han ejecutado nunca.

Hemos hecho conocer ya al hombre que acaba de ser sacrificado a la saña implaca-

ble, a la cobardía y a los instintos sanguinarios de un partido de asesinos.

No nos lisonjemos de ofrecer a nuestros lectores una obra acabada: esta obra sería el fruto de una consagración y de un tiempo de que no podemos disponer.

Pero hemos recorrido ligeramente el largo y complicado período de nuestra revolución, y aunque no hemos trazado de él un cuadro completo, sino tocándolo apenas en sus más notables lineamientos, hemos hallado en todas partes el nombre del general Peñaloza ocupando posiciones y desempeñando papeles diversos, pero, como lo hemos dicho al principio, siempre de una manera distinguida y honorable para él.

Trazados estos rasgos al correr de la pluma, dejamos a la inteligencia de nuestros lectores el suplir con ella la deficiencia de que han de adolecer naturalmente.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

(Reproducción del folleto existente en la Biblioteca Nacional, N^o 31.068.)

Y ya con estas noticias
mi relación acabé;
por ser ciertas las conté,
todas las desgracias dichas:
es un telar de desdichas
cada gaucho que usted ve.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó;
y aquí me despido yo,
que referí así a mi modo
*males que conocen todos
pero que naides contó.*

MARTÍN FIERRO.